

Periodismo de Paz y dimensiones éticas de la comunicación ante los conflictos Herramientas conceptuales para la construcción de paz en un entorno estructural complejo

Jesús Cruz Álvarez

Cuadernos de Comunicación
Colección Periodismo e Investigación

4

Asociación de la Prensa de Huelva

PERIODISMO DE PAZ Y DIMENSIONES ÉTICAS DE LA COMUNICACIÓN ANTE LOS CONFLICTOS.

Herramientas conceptuales para la construcción de paz en un entorno estructural complejo.

JESÚS CRUZ ÁLVAREZ

A Cristina.

A mis padres.

CUADERNOS DE COMUNICACIÓN
Colección Periodismo e Investigación
Número 4

EDITA:
Asociación de la Prensa de Huelva

PATROCINA:
Cepsa

FECHA:
Enero de 2014

EDICIÓN:
500 ejemplares

ISBN:
978-84-695-9620-3

DEPÓSITO LEGAL:
H 12-2014

DISEÑO E IMPRESIÓN:
Aspapronias Artes Gráficas

DISEÑO PORTADA:
Juan Ramón Rico Cabrera

Índice

PRÓLOGO	11
I. INTRODUCCIÓN AL OBJETO DE ESTUDIO	15
II. MARCO CONCEPTUAL DE LA PAZ Y LOS CONFLICTOS	19
Ejes conceptuales de la paz	19
Derechos Humanos y Hegemonía Occidental	23
La erosión del Estado-Nación en un mundo globalizado	25
III. MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y PODER	29
De la omnipotencia de los medios a la influencia relativa en las audiencias	30
Medios de comunicación, Propaganda y Guerra	31
La guerra televisada y el periodismo incrustado	35
Estructura y control de la información	37
Imperialismo mediático y desequilibrios informativos	39
Componentes ideológicos de los sistemas mediáticos	41
IV. MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y CONFLICTOS	45
Los criterios de la construcción de la noticia	46
El axioma de la objetividad y la teoría del 'feedback loop'	49
V. MEDIOS DE COMUNICACIÓN POR Y PARA LA PAZ	53
Dimensión ética de la comunicación global	53
Bases conceptuales del Periodismo de Paz	58
Críticas al Periodismo de Paz	65
Las distintas modalidades del periodismo de paz	66
Dimensiones prácticas del periodismo de paz	68
El periodismo como una fuerza de paz	74
El valor educativo del Periodismo de Paz	76
Alfabetización mediática para la Cultura de Paz	78
VI. CONCLUSIONES	83
VII. BIBLIOGRAFIA	87

Prólogo

Los medios interactúan con los políticos en la construcción de la esfera pública. Los políticos tienen sus agendas y quieren que los medios las sigan para influir en la opinión pública; por otra parte los medios sirven a los políticos para retroalimentarles sobre lo que piensan los ciudadanos. Este esquema se sigue tanto en el ámbito nacional como en el internacional.

La influencia de los medios en el campo internacional se acentúa porque el público no tiene otra fuente certera de información, ya que los hechos que se narran ocurren en sitios distantes y en ámbitos que muchas veces le son incomprensibles.

En la información internacional un campo espacialmente sensible es el que se refiere a las noticias sobre conflictos violentos. Esto es así por tres razones: sin la mediación de los medios los conflictos podrían permanecer ocultos; la información genera efectos tanto en el público como en los actores políticos y, como consecuencia de lo anterior, los gobiernos de los países en conflicto pueden utilizar la cobertura sobre la información para esculpir impresiones negativas sobre otras naciones, lo que puede llevar a incrementar los sentimientos de hostilidad y potenciar la violencia. La

Periodismo de Paz y dimensiones éticas de la comunicación ante los conflictos

ultima década es un claro ejemplo sobre el peso cada vez más influyente que tiene la opinión pública en la justificación o rechazo de las guerras.

Los políticos y los medios son conscientes de este poder. En el ámbito académico se puede afirmar que la esencia de cualquier conflicto gira alrededor de la lucha sobre los marcos interpretativos o *frames* de los conflictos, es decir, dos o más antagonistas desarrollan una disputa sobre qué es lo que pasa, y típicamente tratan de promocionar su definición sobre terceros a través de los medios de comunicación.

Por lo antes dicho resulta relevante esta libro, ya que expone otro marco interpretativo: el *peace journalism*. Este modelo teórico-práctico -que nos agrupa tanto a los académicos como a los periodistas de campo- tiene como premisa de fondo, el deber moral de los informadores de contribuir a la paz, a través del ejercicio de un periodismo responsable y con unas herramientas de análisis de conflicto y redacción. En las siguientes páginas se expone de modo claro y sucinto el origen de este modelo así como sus premisas principales.

Las crisis actuales son un reto para los profesionales que informan sobre los conflictos internacionales. Ahora el público, el público serio, no se conforma con imágenes grotescas de un conflicto, ni con cinco datos que puede leer en el periódico gratuito del metro o ni en los ciento cuarenta caracteres de *twitter*.

Ahora se requiere un profundo análisis del conflicto, como propone el *peace journalism*, un llegar a las causas, al entramado cultural sobre el que se construye el paradigma de las sociedades en pugna. Además hay que saberlo transmitir a través de las nuevas tecnologías, en los formatos actuales, Y todo esto dentro del intenso ritmo –interior y exterior- con el que se vive en un conflicto.

Solo un periodismo así, será capaz de contribuir a cambiar la historia, recordando los errores del pasado, anticipando los problemas del futuro y desenmascarando los intereses egoístas que hacen fracasar la paz. Sólo un periodismo así cumplirá con su gran responsabilidad social y su deber moral.

*María Teresa Nicolás Gavilán
México D. F. A 25 de octubre de 2013.*

I. Introducción al objeto de estudio

Los diferentes procesos y dinámicas político-económicos que configuran los flujos de comunicación internacionales han contribuido a construir un denso entramado de redes interdependientes en el seno de un mundo paulatinamente globalizado. Resultaría ingenuo, por tanto, deslindar la instauración de una cierta cultura popular compartida a gran escala, transmitida a través del cine, la televisión, la música y los medios de comunicación en general, respecto a la progresiva incursión de grandes empresas transnacionales en los tejidos industriales de multitud de países. La superestructura del sistema, entendido este como un vasto conjunto de elementos en interacción constante y de naturaleza difusa, canaliza en buena medida las percepciones de la realidad de una sociedad global a partir de patrones o modelos de pensamiento asociados a una ideología esencialmente orientada al consumo y al *status quo* social.

Las múltiples ramificaciones del sistema (políticas, económicas, religiosas, sociales, etc.) adquieren una cierta coherencia en cuanto componentes de esa

superestructura unificada que es transmitida mayoritariamente por los medios de comunicación. Estos, más allá de teorías deterministas sobre su incidencia crucial en los individuos aislados, contribuyen a instalar en el imaginario social globalizado unas ideas o principios ineludibles para el Sistema cuyo fin indisoluble es la conformación de actitudes y la legitimación del poder público a partir de la aglutinación ideológica del cuerpo social. Se trata esencialmente de inculcar la certeza de que el sistema imperante y aquellos que lo dirigen es el idóneo y único susceptible de operar en armonía, para lo cual se promueve una visión de la realidad social y de la historia cifrada en términos dicotómicos del Bien (lo correcto y aceptado) y del Mal (lo incorrecto y prohibido socialmente; los *outsiders* o heréticos). Con ello se pretende anular el espíritu crítico colectivo y, de este modo, facilitar un control ideológico, incluso fáctico, de la sociedad globalizada en torno a una serie de principios compartidos.

Este breve preámbulo teórico únicamente viene a corroborar el poder de influencia crucial que los medios de comunicación han desarrollado sobre la ciudadanía occidental. El conocimiento de la realidad exterior así como del funcionamiento y naturaleza de la propia sociedad se encuentra regido por la información emanada de estos medios. El individuo ha llegado a codificar su percepción del mundo a partir de las fórmulas y discursos adquiridos del proceso de asimilación de una realidad construida mediáticamente. Ahora bien, ¿qué clase de mundo han contribuido a cimentar?, ¿cuáles son las características que definen este paradigma informativo? y, ¿de qué forma inciden en la evolución de unas relaciones humanas basadas en el respeto y la igualdad, unas relaciones, al fin, pacíficas?

En el presente trabajo, llevaremos a cabo una acotación de los conceptos de paz, violencia y conflicto en el marco de la tradición del pensamiento occidental que nos permite vislumbrar los pilares sobre los que gravita esa construcción de la realidad mediática, condicionada a su vez por los contextos estructurales en los que se desarrolla. Los medios de comunicación no son entes autónomos y ajenos a su entorno, por lo que parte de sus códigos y herramientas obedecen a criterios derivados de la traducción que la sociedad realiza del mundo, de una cosmovisión que se adhiere al pensamiento general y vertebría el modo de interaccionar con el resto de elementos.

Concretamente, la materia que nos ocupa es intentar apreciar cómo, en virtud a ese pensamiento hegemónico, los medios de comunicación tienden a configurar una realidad en la que la violencia se erige en la condición necesaria para resolver los conflictos a los que la complejidad del entorno aboca a la humanidad. Una realidad que, lejos de obedecer a este planteamiento orientado a la disputa y la confrontación

(de hecho, la mayor parte de los conflictos son resueltos de forma pacífica), es, no obstante, presentada como un escenario hostil dividido en bandos antagónicos enfrentados por la consecución de un propósito determinado. El concepto de paz queda, así pues, restringido al resultado del cese de la violencia y despojado de los rasgos que lo definen como un estado que abarca no sólo la inexistencia de violencia directa sino el cumplimiento de una serie de condiciones como el respeto a la dignidad de las personas, la satisfacción de sus necesidades básicas, el goce de libertad o la autorrealización de sus inquietudes.

Los medios de comunicación arrojan una visión unívoca del mundo donde no hay espacio para la creatividad y la cooperación con el objeto de resolver los conflictos habituales en un contexto complejo. Tradicionalmente, la cobertura dispensada a las disputas internacionales, regionales o locales se ha enfocado a una suerte de competición de suma cero entre dos o más partes beligerantes en pos de la victoria, traducida esta en la conquista de territorios, la aniquilación o desarme del enemigo, o la consecución de una serie de objetivos, en la que cualquier tipo de iniciativa de paz suele ser recibida desde el escepticismo. Una vez acordado el alto el fuego (o la disputa se extiende en un periodo largo de tiempo), el conflicto pasa a perder relevancia y su espacio es ocupado por otro foco violento que provea del espectáculo demandado desde los medios.

No obstante, desde la segunda mitad del pasado siglo se ha desarrollado una corriente académica y profesional que postula la necesidad de abordar los conflictos desde una perspectiva diferente en la que la acción de los medios de comunicación esté orientada a la construcción de paz, de ahí el término de Periodismo de Paz para dar carta de naturaleza a esta suerte de disciplina. Tal y como apuntan dos de sus más importantes defensores, Jake Lynch y Annabel McGoldrick, este nuevo modelo periodístico "utiliza las ideas de la transformación y análisis de los conflictos para actualizar los conceptos de equilibrio, justicia y veracidad en la difusión de noticias. Provee de una nueva ruta trazando las conexiones entre periodistas, sus fuentes, las historias que cubren y las consecuencias de su intervención. Y cimienta la conciencia de la no-violencia y la creatividad en el desempeño de su labor profesional diaria" (2005: 46)

Así pues, en el presente trabajo realizaremos un breve recorrido por las bases conceptuales, dimensiones éticas y críticas vertidas sobre la corriente del periodismo de paz y ahondaremos en las distintas vertientes que la unen con otros movimientos de la sociedad internacional en la búsqueda de constituir una cultura de paz de carácter global que trascienda los casos concretos y sirva para propiciar un cambio en el imaginario colectivo tendente a la resolución pacífica, creativa y cooperativa de los conflictos.

II. Marco conceptual de la paz y los conflictos

Ejes conceptuales de la paz

La limitada percepción conceptual de la Paz interiorizada mayoritariamente por las distintas civilizaciones a lo largo de la historia nos ha remitido a un escenario utópico en el que la justicia y la ausencia de todo tipo de conflicto deberían prevalecer en un armonioso equilibrio de voluntades. Este modelo ideal y sumamente restringido de lo que consideramos de forma abstracta como Paz, ha tenido consecuencias negativas a la hora de afrontar la conflictividad natural que el ser humano halla en su relación dialéctica con el medio ambiente y con el resto de miembros de su especie ya que, al reducir el propio concepto a un prototipo en cierto modo ilusorio, se han coartado las posibilidades creativas de la gestión y la resolución de conflictos y focalizado exclusivamente al cese de la violencia, es decir, a su dimensión más tangible.

Así pues, el modelo inicial ha devenido en una concepción de paz identificada en la teoría y la práctica con la tradicional *Pax Romana*, consistente básicamente en la ausencia de guerra (*absentia belli*). Esta condición mínima establecida para decretar el carácter pacífico de una determinada nación, pueblo o civilización adolece, sin embargo, de una perspectiva más amplia en la que se aborden valores humanos imprescindibles como el desarrollo de los pueblos, el acceso a servicios básicos o la consecución de una vida digna. De hecho, a partir del abandono o desinterés de algunos de estas condiciones en distintas sociedades, aunque estas gocen de una cierta estabilidad entendida como inexistencia de conflictos bélicos, se legitima un orden social asentado sobre la violencia estructural ejercida contra sus ciudadanos.

El concepto de violencia estructural va más allá de la mera agresión directa, ya sea física o psicológica, y aborda la satisfacción de cada una de las potencialidades humanas básicas para alcanzar una existencia plena. Así pues, en una sociedad pretendidamente pacífica en la que sus integrantes no tengan acceso a agua potable o tengan deficiencias alimentarias, se estaría perpetrando una violencia estructural derivada de la negación de unos bienes básicos objetivamente alcanzables. Y al igual que este ejemplo, la explotación de mano de obra infantil, la falta de escolarización y el difícil acceso a enseñanzas superiores, las condiciones laborales discriminadoras, o la marginalización de la población femenina serían otras manifestaciones de una conceptualización extensa de lo que entendemos por violencia sistémica.

Naturalmente, al ampliar las dimensiones del significado nos internamos en una complejidad en cierto modo inabarcable, ya que la idea de la Paz nos arrojaría a un escenario marcado por la ausencia de violencia directa y estructural tanto dentro de los estados como entre los mismos, de manera que todos los seres humanos verían satisfechas sus potencialidades básicas, es decir, la supervivencia, el bienestar y la libertad personal. Por ello, se ha tendido a encapsular esta meta en un marco teórico con escasa aplicación práctica destinado a perpetuar un *status quo* que ha favorecido tradicionalmente a las clases dirigentes, ya se quiera ver a una escala global o local. Y es que tal y como aseveraba Johan Galtung, “El problema de la paz es el que preocupa a los países ricos, y el problema del desarrollo a los países pobres” (1985: 107).

Al fin y al cabo, el concepto de desarrollo no puede desligarse del de Paz pues, de algún modo, significan lo mismo. “La paz es una respuesta de los humanos a los desafíos del medio ambiente en el que habita, lo que está en estrecha conexión con las relaciones que se establecen dentro de la especie” (Muñoz y Molina, 2009: 28). Así pues, el ser humano debe aprender a gestionar o *desarrollar* sus potencialidades en el marco de su entorno en un proceso en el que se antoja imprescindible cooperar de forma solidaria con el resto de la comunidad. Es decir, para lograr la supervivencia

y la felicidad, entendiendo esta como el aglutinante de todos sus anhelos, es preciso entablar relaciones pacíficas con el objeto de posibilitar un desarrollo efectivo y sostenible.

No obstante, la división del mundo en un sistema piramidal de bienestar en el que Occidente ocupa su vértice superior ha despojado de todo su valor sendos conceptos hasta diluir la propia responsabilidad de aquellas sociedades que se han desarrollado a expensas de una mayoría que padece una violencia estructural permanente. Galtung llega a asimilar incluso guerra con civilización, de manera que cuanto más haya progresado un estado o una región, más dependiente es del resto y, por tanto, más acuciada será la lucha por los recursos y las estrategias utilizadas para su conquista, entre ellas la propia guerra. No obstante, en las últimas décadas los mecanismos de explotación del Norte hacia el Sur se han tornado más sutiles en la medida en que la violencia estructural perpetrada a escala global se ha camuflado a partir de los flujos económicos de los mercados financieros en una suerte de dominación silenciosa tendente a expropiar los recursos de estas regiones al mismo tiempo que se sustentan régimenes represivos que coartan cualquier atisbo de desarrollo (o de paz), siguiendo así un nuevo modelo neocolonial muy alejado del aplicado en el siglo XIX.

Por ello, en Occidente no se aborda el asunto del desarrollo más que como un acto de buena voluntad de los países ricos hacia el denominado 'Tercer Mundo' bajo los términos de cooperación o ayuda. No se trata en ningún caso de una estrategia coherente destinada a modificar una situación lacerante para millones de personas, sino de una nimia concesión destinada a mantener una apariencia de falsa solidaridad entre los ciudadanos del 'Primer Mundo', y un frágil equilibrio en esos países dependientes y subdesarrollados. Como reverso de la misma moneda, el concepto de Paz también se ha desvirtuado hasta representar un problema intelectual en lugar de un dilema moral y político. La investigación para la Paz se ha desvinculado de los ámbitos de la acción y la educación para la paz, de manera que ha devenido en una esfera de elucubración teórica sin repercusión en el terreno práctico, no sólo a nivel global, sino también desde una perspectiva local.

Todo ello entraña con una ausencia patente de responsabilidad frente a la violencia estructural padecida por una parte sustanciosa de la humanidad de acuerdo a un principio ético arraigado en la cultura occidental por el que el sentimiento de culpabilidad queda vinculado casi exclusivamente a la intención del que desempeña un acto determinado. En virtud a esta percepción, la responsabilidad ante una práctica que repercute de forma directa (o indirecta) aunque 'no intencionada' sobre un grupo de personas o estados se diluye hasta propiciar la desvinculación con el

conflicto. Es decir, el propietario de una gran empresa textil que utiliza mano de obra barata, incluso infantil, para elaborar sus productos en países subdesarrollados, quizás no perciba que con su acción está perpetuando la explotación humana en el siglo XXI, simplemente considerará que se está ajustando a las leyes del mercado. De ahí que, desde Occidente, no se tenga una percepción consecuencialista de las acciones llevadas a cabo en países del Tercer Mundo tales como la explotación directa de recursos naturales, la creación de mercados globales que asfixian las economías locales, o el tráfico de armas procedentes de la gigantesca industria de los países ricos hacia conflictos violentos desatados periódicamente en lugares con una marcada inestabilidad política y socioeconómica.

Se ha conformado, así pues, una suerte de burbuja de indiferencia (o ignorancia) ante una realidad cifrada por un concepto de Paz en el que se prima la estabilidad de un sistema injusto y estructuralmente violento con el objeto de perpetuar la posición de privilegio de aquellos que se hallan en la parte superior de la pirámide. De hecho, parte de la aproximación tanto teórica como práctica sobre la Paz postulada desde el mundo desarrollado ha obviado las condiciones sistémicas que propician los conflictos regionales y locales hasta imponer una teoría universalista de la Paz pergeñada a partir de una serie de conceptos, en su mayoría abstractos, con una patente inspiración occidental.

Esta teoría mediante la cual se pretende extender al mundo en su conjunto una visión homogénea de la paz que coincide con los valores inherentes del Primer Mundo, convive con una perspectiva cultivada a lo largo de la historia por las sucesivas grandes civilizaciones en la que la Paz sólo se entiende como un elemento regulador de las relaciones internas frente a los demás, contra los que se mantiene una actitud beligerante o defensiva que reafirma la unidad del grupo-sujeto. Se representa, así pues, una relación de dentro/fuera basada en la autopercepción de entidad autónoma frente al resto que es transmitida de forma unívoca por los medios de comunicación.

Todas las tradiciones de pensamiento, con sus respectivos matices, han forjado esta conceptualización de la paz en la que se dibuja un centro en oposición a la periferia. La aproximación universalista que parece primar las relaciones internacionales desde el desenlace de la II Guerra Mundial ha ampliado, sin embargo, el tamaño de estos elementos y ha emplazado el mundo entero como escenario de esa paz que es preciso extender desde Occidente hacia el resto de regiones, es decir, la periferia. Por tanto, se han actualizado los términos, las teorías y las dimensiones de los actores, pero la acción continúa reproduciéndose en una dinámica similar a la desarrollada hasta ahora. Un ejemplo especialmente ilustrador es la renovación de la *iustum bellum* (guerra justa) teorizada por juristas y teólogos católicos, en la

expresión de *guerra preventiva*, o lo que es lo mismo, una guerra para implantar la paz contra los enemigos de la armonía internacional.

A tenor de la ineeficacia de sendas conceptualizaciones de la paz, tanto la idea utópica de la paz positiva como la aproximación restringida y carente de contenido de la paz negativa, se ha llegado a proponer un nuevo marco epistemológico que surge como una perspectiva a medio camino entre las dos anteriores, en la medida en que reconoce la conflictividad intrínseca del ser humano al mismo tiempo que propugna la creatividad y la cooperación entre estos para afrontar la resolución y gestión de los conflictos. En la terminología de Francisco Muñoz (2000), estamos hablando del concepto de paz imperfecta. Es decir, una paz que, sin negar la existencia de distintas formas de violencia (directa, indirecta, cultural y simbólica) en un determinado espacio, se construya dando los pasos pertinentes en su dirección y valorando las conquistas parciales logradas a distintas escalas (doméstica, local, nacional, planetaria...). Se niega, por tanto, la posibilidad de un estado pacífico absoluto y perfecto, aunque tampoco se cae en el error de considerar la paz como una mera ausencia de violencia, obviando así las posibilidades humanas para crear las condiciones más idóneas posibles en sus respectivos contextos.

Los Derechos Humanos y la hegemonía occidental

Como manifestación directa del conjunto de valores que vertebran la argumentación en torno a la Paz universal, sobresale el catálogo de Derechos Humanos institucionalizados en 1948 en el marco de la recién constituida Organización de las Naciones Unidas, con el objeto de abrir espacios de lucha por la dignidad humana. No obstante, los Derechos Humanos han devenido (o quizás fueron concebidos como tal) en declaraciones textuales con escasa o nula aplicabilidad en el terreno práctico lastradas por dos visiones erróneas, tal y como señala el profesor Herrera Flores; “en primer lugar una visión abstracta, vacía de contenidos y referencias a las circunstancias reales de las personas y centrada en torno a la concepción occidental del derecho y el valor de la identidad. Y en segundo lugar, una visión localista de los Derechos Humanos en la que predomina lo propio, lo nuestro con respecto a lo de los otros y centrada en torno a la idea particular de la cultura y el valor de la diferencia” (Muñoz y Molina, 2009:82). Herrera Flores termina por sugerir la necesidad de situarse en la periferia como metodología para no verse contaminado por la racionalidad aprehendida en el propio grupo.

Como se puede apreciar, la perspectiva adoptada en la conceptualización de los Derechos Humanos es muy similar a la descrita anteriormente en lo relativo a las teorías de la Paz, con una basculación patente entre aproximaciones universalistas

y sensibilidades locales. Por un lado, pretender conformar un respeto global a una serie de derechos inherentes al ser humano sin abordar la implantación de las condiciones políticas y socioeconómicas imprescindibles para la satisfacción de las potencialidades de este, tal y como establecen los denominados Derechos Humanos de tercera generación, obviados por la mayor parte de actores sociales internacionales por ser considerados precisamente quiméricos, supone un intento estéril y carente de lógica aunque sus intenciones iniciales puedan ser admirables. Por otro lado, enfrentarse a la complejidad de los Derechos Humanos desde un enfoque subjetivo tiende a desvirtuar el análisis que pudiera llevarse a cabo o las acciones destinadas a modular el problema, llegando incluso a imponer cosmovisiones ligadas íntimamente al grupo desde el que se aplica el enfoque.

De hecho, el marco en el que se inscribe la formulación actual de los Derechos Humanos ha sido objeto de numerosas críticas teóricas desde la ‘periferia’, por obedecer a criterios occidentales instaurados a partir de una serie de valores presumiblemente heredados de esta civilización (vertebrada en torno a la tradición judeo-cristiana). Y es que, a pesar del pretendido universalismo que inspira la Declaración de los Derechos Humanos, existe una confrontación latente entre un pensamiento asimilado como superior o más desarrollado en lo concerniente a las libertades individuales y políticas y que podría ser identificado con las naciones que constituyen de forma abstracta Occidente, y el resto de culturas y civilizaciones a las que se aplican estos valores como una nueva forma de colonización solidaria en auxilio de sus maltrechas estructuras sociales e ideológicas.

El premio Nobel de Economía indio Amartya Sen, contesta, no obstante, esta visión sesgada de la realidad reivindicando la presencia de esos valores de tolerancia, respeto a la dignidad y defensa de las libertades individuales en las tradiciones de pensamiento asiáticas, en la misma medida que pueden ser hallados en el resto de sociedades históricas. “El reconocimiento de la diversidad en el seno de diferentes culturas es extremadamente importante en el mundo contemporáneo, ya que se nos bombardea constantemente con generalizaciones extremadamente simples sobre la ‘civilización occidental’, los ‘valores asiáticos’, las ‘culturas africanas’ y demás. Estas lecturas sin fundamento de la historia y la civilización no sólo son intelectualmente superficiales, sino que ayudan a la divisibilidad del mundo en el que vivimos”. (Sen, 2001:146).

Esta oposición frontal a la ilusoria superioridad moral de Occidente frente al resto de pueblos supone, asimismo, un argumento para contrarrestar la visión teleológica del mundo desarrollada en las últimas décadas a partir de la obra de Samuel Huntington (1993), en la que se establece una suerte de destino irrevocable hacia

Periodismo de Paz y dimensiones éticas de la comunicación ante los conflictos un choque de civilizaciones fruto de cosmovisiones antagónicas. Concretamente, Huntington postula como civilizaciones susceptibles de la confrontación la Occidental contra la musulmana y la sínica (China, Taiwán, Vietnam, Singapur), al equiparar las supuestas diferencias ideológicas con el nivel de desarrollo de los países que integran estas dos últimas. Es decir, el conflicto no surge de una mera incompatibilidad doctrinal, sino de una competición por la conquista de los recursos mundiales intensificada por el auge de nuevas potencias que comprometen el *status quo* imperante en las últimas décadas, China principalmente (al fin y al cabo, la Guerra Fría también fue un periodo de estabilidad, aunque con momentos de alta tensión, entre dos grandes polos). De este modo, dibujar un escenario donde la diferencia frente al 'otro' se antoja la razón última para dotar de coherencia a conflictos que, en el fondo, obedecen a leyes económicas en el marco del sistema neoliberal, resulta no sólo una irresponsabilidad censurable, sino una muestra de la alarmante falta de compromiso intelectual con la promoción de los valores de la Paz y los Derechos Humanos.

La erosión del Estado-Nación en un mundo globalizado

Todo ello surge de una disociación patente entre dos esferas tradicionalmente ligadas como son la política y la economía. Desde el último tercio del siglo pasado, se ha producido una abdicación de la primera en favor de autorregulación sin trabas de los flujos económicos a nivel mundial, de manera que los estados han perdido el control de estos hasta devenir en meros títeres al servicio de los auténticos centros de decisión emplazados en los consejos de administración de las mayores empresas transnacionales. Esta erosión del Estado-Nación ha sido complementada por un proceso de globalización económica donde la dominación Norte-Sur se ha visto aún más acuciada por la sofisticación de las estrategias implementadas en un marco esclavo de los mercados internacionales y de organismos como el Banco mundial o el Fondo Monetario Internacional (Ferronato, 2000: 28)

Intimamente unida a esta evolución de la economía a gran escala, se ha producido asimismo una globalización cultural (al menos dentro de los bloques afines) cuya premisa reside en la extensión, a través de los distintos medios de comunicación, de una serie de hábitos de vida y patrones de consumo destinados al desarrollo y lucro de esas mismas corporaciones transnacionales que detentan el poder real. Así pues, no sólo se trata de vender productos para obtener un beneficio tangible, sino de transmitir un conjunto de discursos a través de los que se legitime una visión particular de la realidad y del mundo en el que vivimos. (Schiller, 1991)

Por ejemplo, se ha documentado profusamente las relaciones entabladas de modo oficioso entre productoras cinematográficas de Hollywood y diferentes instituciones de seguridad estadounidenses, entre ellas el Pentágono. Como muestra,

el periodista David L. Robb escribió en 2004 un libro titulado 'Operación Hollywood: La censura del Pentágono', donde investigaba el uso interesado que el Departamento de Defensa de EEUU había realizado de algunas películas con el objetivo de adoctrinar a un público global sobre las acciones, fundamentalmente bélicas, del país en el exterior. A cambio, los productores recibían un apoyo incondicional de las instituciones públicas para su filmación, ya fuese cediéndoles material militar, personal experto o incluso instalaciones. El caso más paradigmático fue el del film de Ridley Scott 'Black Hawk Derribado' (2001), donde se abordaba la 'operación de paz' desplegada por el ejército estadounidense en Somalia en 1993 y en la que 18 soldados murieron en enfrentamientos con las milicias del país. La película, que ofrece una perspectiva especialmente indulgente con los actos del ejército americano en el territorio africano, se benefició de la implicación del Pentágono, cifrada por algunas fuentes como PrWatch¹ en más de 2 millones de euros.

De este modo, se puede argumentar la utilización planificada de algunos discursos culturales de impacto global no sólo para justificar las acciones de los estados, sino para proteger los intereses de las estructuras económicas que lo sustentan. A este respecto, los medios de comunicación son actores especialmente codiciados en la difusión de cosmovisiones acordes con las preocupaciones del capital y la política, ya que el alcance gozado entre unas audiencias de carácter global les aseguran una influencia ideológica incuestionable como vectores de la opinión pública internacional. No en vano, en virtud a esta naturaleza los medios de comunicación han sido igualmente abducidos por las esferas de poder hasta tornarse en extensiones más o menos independientes de dichas estructuras. (Ramonet, 1998)

El ejemplo más ilustrativo lo hallamos en la forja de una visión parcial y maniquea del mundo como un tablero de ajedrez donde la seguridad ocupa la posición de mayor importancia en la vertebración de las políticas internacionales. Se dibuja, así pues, un escenario hostil en el que la amenaza del Otro, el herético, (en ocasiones aglutinado en 'Ejes del Mal') precisa de una serie de acciones encaminadas a reducir la incertidumbre (por lo general, en la esfera de los negocios) causada por la confrontación. Esas acciones son, principalmente, de naturaleza militar y buscan su legitimidad en la profusión de discursos pergeñados en torno al miedo. Y es que, como señala Foucault (1983: 175) "las relaciones de poder no pueden existir más que en función de una multiplicidad de puntos de resistencia; éstos desempeñan, en las relaciones de poder, el papel de adversario, de blanco, de apoyo, de saliente para una aprehensión". No obstante, tal y como señala Vincenc Fisas

¹ Disponible en <http://www.prwatch.org/node/989>. Último acceso 28/11/2012

“La seguridad no puede ser un concepto abstracto secuestrado por las llamadas ‘razones de estado’: la seguridad tiene que ver con la gente, con las personas, con los pueblos. [...] La seguridad es una quimera si no lleva implícita la búsqueda de las raíces de esa violencia, y es por ello que el tratamiento de esas raíces ha de conformar buena parte de los temas substantivos de cualquier acuerdo de paz. Ir al fondo de esas cuestiones políticas, económicas, sociales y culturales. (2004: 254-255)

Nos dirigimos de nuevo, así pues, a los preceptos de la *Pax Romana* a la que hacíamos referencia al comienzo del presente trabajo. Durante más de 200 años, el poder central del Imperio Romano desarrolló una campaña de pacificación y mantenimiento de la paz entre sus dominios cuyo objetivo principal era la fluidez de los canales comerciales y la superación de épocas de crisis pretéritas propiciadas por grandes dispendios en campañas militares. De este modo, si bien se continuaron las guerras contra los ‘bárbaros’ del Norte y otros pueblos de la periferia, la consigna desde Roma fue la unidad de unos vastos territorios a los que someter a una serie de reglas económicas y conductas culturales centralistas.

Salvando las distancias, en la actualidad nos insertamos en una suerte de Pax Occidental en la que el centro neurálgico del ‘imperio’, Estados Unidos, propaga a través de sus estructuras socioculturales y económicas un sentimiento de pertenencia en torno a un abanico de valores entendidos como propios frente a las civilizaciones ‘bárbaras’, las cuales ejercen de antagonistas sin más rasgos que su supuesta hostilidad hacia el ‘nosotros’. Se pretende, así pues, conformar un marco de estabilidad (los instrumentos para alcanzarlo pueden ser innumerables; desde el apoyo a regímenes corruptos hasta sustanciosas ayudas económicas) para favorecer el libre flujo de capitales al mismo tiempo que se legitima la guerra contra la periferia (un ámbito más de negocio, en esta ocasión el concerniente a la industria armamentística).

III. Medios de comunicación y poder

Uno de los temas más investigados tradicionalmente en el ámbito de los estudios en comunicación de masas ha estado ligado con la influencia de los mensajes difundidos unidireccionalmente desde los medios hacia las audiencias, con posiciones basculantes entre la pretendida omnipotencia de estos frente a receptores pasivos y acríticos, y la complejidad derivada de procesos de decodificación divergentes que habilitan interpretaciones variables en los individuos de acuerdo a contextos, experiencias o actitudes particulares. Todo ello ha estado enfocado a descifrar el grado de poder que detentan los medios de comunicación en las sociedades con el objetivo, en muchas ocasiones, de llevar a cabo acciones destinadas a alcanzar una serie de fines determinados.

Tal y como señala Manuel Castells, “Las relaciones de poder se basan en la capacidad de modelar las mentes construyendo significados a través de la creación de imágenes” (Castells, 2010:149), por lo que es lógico aseverar que los medios de

comunicación, como actores privilegiados en la conformación de representaciones mentales colectivas en virtud a su rol como vectores de la opinión pública, son un elemento central en estas relaciones de poder en el seno de la sociedad contemporánea. Se crea, así pues, un espacio de comunicación vertical y en cierto modo unidireccional en el que se vierten mensajes producidos en consonancia a unos intereses políticos y empresariales. No obstante, el impacto real que estos mensajes tienen en los individuos ha sido objeto de múltiples teorías desarrolladas desde el primer tercio del pasado siglo aunque ajenas a una verdad objetiva irrefutable traducida en un acuerdo académico unánime.

De la omnipotencia de los medios a la influencia relativa en las audiencias

Concretamente, uno de los elementos de mayor interés en el estudio de la influencia de los medios de comunicación en el público de masas surge de la utilización consciente de estrategias de propaganda durante los conflictos bélicos, un hecho ilustrado desde la I Guerra Mundial, cuando la eclosión de la prensa de masas y la extensión de la radio sirvieron como herramientas de persuasión para los respectivos gobiernos con la meta de canalizar una incipiente opinión pública hacia la guerra. Con carácter pionero, los estudios de Lippman (1922), Lasswell (1927) y Bernays (1928), sentaron las bases de una tradición de pensamiento que hallaba su razón de ser en la psicología cognitiva, por la cual los medios de comunicación podían inducir a las audiencias a comportarse en un sentido determinado a partir de un proceso de estímulo-respuesta, por lo que estas se reducían a elementos pasivos y monolíticos a merced de los mensajes difundidos. Estas teorías (quizás la más conocida es la metáfora de la Aguja Hipodérmica de Lasswell), si bien no estuvieron sustentadas en investigaciones empíricas lo suficientemente sólidas, obtuvieron una gran repercusión en su momento y marcaron la dirección de los estudios en comunicación durante las primeras décadas de su trayectoria, hasta erigir el análisis de la propaganda en el tema central de los mismos e incluso legitimarla como instrumento positivo al servicio de una minoría intelectual.

En contra de esta visión determinista de la influencia de los medios de comunicación en la ciudadanía, los trabajos de Lazarsfeld, Berelson y Gaudet (1944) y Katz y Lazarsfeld (1955) introdujeron la figura del líder de opinión como un eslabón intermedio en la cadena comunicativa, de manera que la información estaría filtrada a través de estos nodos para el resto de individuos en un proceso informal basado en la confianza y/o el carisma. Además, el uso de los medios de comunicación por parte de las audiencias no era ya puramente pasivo, sino que existía una selección previa sujeta a una serie de intereses u opiniones del propio sujeto. Ello enlaza con el rol de reforzamiento de los *media*, por el cual estos no

cambian de forma sustancial la opinión de los usuarios, sino que tienden a consolidar sus creencias preconcebidas (Klapper, 1960). También íntimamente ligada con esta perspectiva, destaca la teoría de los *usos y gratificaciones* (Herzog, 1944) (Katz, Gurevitch y Hass 1973), en la que se establece que los medios de comunicación son utilizados en respuesta a una serie de necesidades (cognitivas, afectivas, de entretenimiento, etc.) de su público. Con esta nueva vertiente de los estudios de comunicación se alteraba, así pues, el proceso por el cual los medios utilizan sus herramientas para influenciar a las audiencias y se postulaba la dinámica contraria.

Otras aportaciones a este campo de estudio han reseñado el poder de conformación de la realidad de los medios de comunicación al seleccionar los temas que son debatidos en la opinión pública, tal y como señala la teoría de la *agenda-setting* (McCombs and Shaw, 1972), o la *espiral de silencio* que pueden llegar a habilitar en torno a opiniones dominantes difundidas unánimemente y de forma unívoca por los *media* (Noelle-Neumann, 1984). No obstante, tal y como señala Vladimir Bratic “casi un siglo después de los primeros análisis de la comunicación de masas, conocemos más acerca de las limitaciones de los media que sobre su potencial” (2006, p.6). Y es que, si bien existe un consenso más o menos tácito para rebatir la omnipotencia de los efectos de los medios de comunicación en la configuración de comportamientos y actitudes de los individuos, no se puede negar el impacto de estos como factor fundamental del sistema social.

Medios de comunicación, Propaganda y Guerra

En virtud a esta concepción, la investigación sobre los efectos de los medios se ha enfocado con un carácter especial a las situaciones de tensión y conflictos, concretamente bélicos, por la trascendencia que los mensajes informativos pueden tener en la interacción de los individuos con los acontecimientos. De hecho, tal y como apuntábamos anteriormente, este campo de estudio halla sus raíces en el periodo posterior a la I Guerra Mundial (Creel, 1920; Doob, 1935; Lasswell, 1927) y se desarrolla con el análisis comunicativo de la II Guerra Mundial (Ellul, 1963; Zemen, 1964) y la Guerra Fría (Hallin, 1986; Chomsky y Herman, 1988). Se trata, pues, de descifrar las posibles relaciones entabladas entre la cobertura realizada por los medios de comunicación y la percepción de la guerra adoptada por la ciudadanía a partir de estos.

En el caso de los conflictos del siglo XX, el vínculo se puede considerar evidente, tal y como demuestra, por ejemplo, el papel desempeñado por el Comité de Información Pública (CPI) o Comisión Creel (por el director del mismo, un reputado investigador en propaganda política) establecido por el gobierno de

Woodrow Wilson para cambiar la opinión de la ciudadanía estadounidense en relación a la entrada del país en la Gran Guerra. La utilización explícita de todos los medios de la época disponibles para crear un clima de fervor belicista y odio irracional contra el enemigo, en este caso Alemania, se repetiría en una práctica desarrollada al cabo de las décadas en cada uno de los conflictos desencadenados con un protagonismo cada vez mayor de la imagen como vector de un entorno simbólico proclive a los intereses de los respectivos gobiernos.

No obstante, esta presencia patente de la propaganda comunicativa en la cobertura de los conflictos del pasado siglo ha ido mutando en las últimas décadas hasta quedar camuflada por un sofisticado aparato de imágenes y mensajes que, a pesar de continuar canalizando la opinión pública hacia una determinada dirección, es presentada de forma aséptica y bajo los patrones de la objetividad periodística. Es más, el axioma de la objetividad surge de la oposición de la profesión a la manipulación ejercida notoriamente por los medios en la primera mitad del siglo XX tras la pérdida de credibilidad entre las audiencias manifestada por este hecho. La ciudadanía se sintió engañada por la información dirigida desde los gabinetes del gobierno durante sendas guerras, por lo que las técnicas propagandísticas se sofisticaron hasta desaparecer de un modo evidente en la cobertura y se instituyeron de diversa forma.

Tal y como la definió el Institute for Propaganda Analysis, precisamente fundado en 1937 por periodistas e investigadores para advertir a la ciudadanía de la naturaleza de la propaganda, esta es “la expresión de opiniones o la acción de los individuos o grupos que buscan influir en las opiniones o acciones de otros individuos o grupos con fines predeterminados y a través de manipulaciones ideológicas” (Ellul, 1973, p.XI). Sin duda alguna, esta una definición limitada que únicamente sirve para abrir un camino más complejo con multitud de vertientes y tipologías, sin embargo apunta el rasgo fundamental de su condición, que es la intención de propiciar un cambio en el “otro”, de persuadir con un interés particular. El concepto de intencionalidad detenta una gran importancia ya que introduce una diferenciación entre aquellos mensajes destinados *a priori* con un objetivo determinado, y aquellos otros que son utilizados propagandísticamente *a posteriori*. Por su parte, Pizarroso (1993) la define como “un proceso de persuasión porque, en efecto, implica la creación, reforzamiento o modificación de la respuesta; pero también es un proceso de información sobre todo en lo que se refiere al control del flujo de la misma” (1993:27).

El objetivo de la propaganda estará, por tanto, destinado a producir un consenso (la ingeniería del consenso la catalogaría el publicista e investigador

Edward Bernays) en torno a una posición determinada; “somos gobernados, nuestras mentes moldeadas, nuestros gustos formados y nuestras ideas sugeridas en gran parte, por personas de las que nunca hemos oído hablar” (Bernays, 1928:9). Así pues, aplicado al ámbito de los conflictos, “la propaganda es un arma, y cuando se dirige a un pueblo enemigo es una arma de guerra,” (Yehya, 2003:34), de modo que, como señala Vázquez Liñán (2009), no resulta temerario aseverar que ya no existen guerras sin propaganda, ya que estas han devenido en una necesidad militar de primer orden sujeta a una planificación estricta por cada uno de los bandos de la contienda.

Y no sólo aquellos con estructuras políticas autoritarias y represivas, pues al fin y al cabo estos no precisan de un uso complejo de la comunicación para imponer una determinada visión de la realidad por la fuerza, sino, especialmente, los estados democráticos que persiguen instaurar creencias homogéneas y verdades oficiales de un modo sutil, sin quebrar el contrato social que inspira su propia naturaleza. “La propaganda provee una nueva fe, un sistema de creencias simple que ofrece la comunión instantánea con las mayorías y no exige muchos sacrificios a cambio [...], puede hacer que el individuo se sienta parte de algo más grande y que haga suyos los triunfos o derrotas de la sociedad” (Yehya, 2003:37). De hecho, la propaganda ha adquirido una mayor dimensión en el seno de los países occidentales desarrollados en virtud a la eclosión de las tecnologías modernas de comunicación y transporte y a las necesidades de expansión capitalista de sus grandes empresas, entre ellas las del sector armamentístico como Raytheon, Lockheed Harton, Boeing o General Electric (también en el negocio de la comunicación a través de la NBC).

En muchas ocasiones, la guerra no deja de ser un lucrativo negocio para muchos que precisa ser comunicado de un modo conveniente para no causar el rechazo lógico. Este proceso de manipulación es especialmente intenso mientras se desarrolla, pues, una vez alcanzado el objetivo, el descubrimiento de la mentira carece de importancia. La guerra ilegítima emprendida por EEUU contra Irak en 2003 estuvo basada en la supuesta existencia de armas de destrucción masiva en el territorio árabe, algo que resultó ser falso. A pesar de la cobertura tendenciosa desplegada por la mayoría de los medios de comunicación estadounidenses y occidentales en general a este respecto y a partir de la información suministrada por el gobierno, la indignación de la ciudadanía una vez desvelado el fraude fue extremadamente débil, pues este ya no era un tema candente, había perdido su actualidad y, por tanto, su interés.

Algunos teóricos hablan incluso de la propaganda de la hiperinformación (Norderson, 2008) para referirse a la saturación de datos y el desmesurado flujo de

contenidos que atraviesa los medios de comunicación (ahora también digitales) y que llega a narcotizar al usuario y suspender su juicio crítico de la realidad. Es decir, se favorece una proliferación compulsiva de mensajes descontextualizados imposible de gestionar sobre la que imperan algunos conceptos que permanecen en el imaginario colectivo de la sociedad. En el caso de Irak que hacíamos referencia anteriormente, la constatación de los hechos no fue suficiente para que una parte importante de la sociedad estadounidense continuara legitimando la invasión del país a partir de dos de los conceptos centrales que dominan el espacio simbólico; el odio y el miedo. La propaganda tiende a exacerbar estas emociones responsabilizando a un enemigo particular que carga con las frustraciones, desgracias o temores del grupo. “Las noticias y el entretenimiento difundido por los media son vehículos para la promoción de la ansiedad y contribuyen a una perspectiva del mundo basada en esta. La mayoría de las percepciones populares de los peligros sobre crímenes y terrorismo están mediadas por las noticias. Los medios de comunicación amplifican el sentido del riesgo y el peligro de la gente” (Hamelink, 2011; 39).

Los investigadores Noam Chomsky y Edward S. Herman lo denominaron en 1988 la *manufactura del consenso*, o lo que es lo mismo, un rígido sistema propagandístico destinado a integrar al ciudadano en un marco institucional determinado, en este caso en el de la democracia estadounidense, por lo que se recobraba así el concepto de influencia casi ilimitada de los medios de comunicación frente a sus audiencias.

Los medios de comunicación de masas actúan como sistema de trasmisión de mensajes y símbolos para el ciudadano medio. Su función es la de divertir, entretenir e informar, así como inculcar a los individuos los valores, creencias y códigos de comportamiento que les harán integrarse en las estructuras institucionales de la sociedad. En un mundo en el que la riqueza está concentrada y en el que existen grandes conflictos de intereses de clase, el cumplimiento de tal papel requiere una propaganda sistemática.(Chomsky y Herman, 1988:21)

Una propaganda sistemática que se ha visto ampliamente desarrollada desde los atentados terroristas del 11 de Septiembre en Nueva York, cuando el inicio de la denominada “guerra contra el terrorismo” (o ‘cruzada’, tal y como la definió el presidente Bush días después de los sucesos) alimentó una paranoia generalizada en torno a la figura del musulmán mediante una serie de términos estigmatizados como terrorista, fundamentalista o extremista. Todo se tradujo en la dicotomía de “o están con nosotros o están con los terroristas”², vértice de una auténtica guerra psicológica

² Jaque a EEUU; Un especial de El Mundo. Disponible en: <http://www.elmundo.es/especiales/2001/09/internacional/ataqueusa/discurso3.html>

iniciada con la invasión de Afganistán, un estado fallido controlado en algunas zonas por grupos islámicos radicales (los talibanes), y continuada con la ocupación de Irak. Las acciones militares de EEUU, además de estar sustentadas por mentiras, no sirvieron para erradicar la violencia en la zona o erigir unas estructuras democráticas mínimamente estables en una región donde el odio a todo lo Occidental ha crecido de forma exponencial.

La guerra televisada y el periodismo incrustado

El fenómeno de la propaganda aplicado a conflictos bélicos no supone una novedad del último siglo. Incluso el tratadista chino Sun Tzu advertía entre los siglos V y III a.C en su obra *El arte de la guerra* del rol trascendental de la persuasión del enemigo en la guerra; “Una operación militar implica siempre engaño. Aunque seas competente, aparenta ser incompetente. Aunque seas efectivo, muéstrate ineficaz” (Sun Tzu, 2000:21). Sin embargo, es igualmente cierto que las formas adoptadas en la época contemporánea difieren de las aplicadas hasta ahora, aunque los objetivos continúen siendo idénticos.

El desarrollo de las nuevas tecnologías de la información ha permitido una cobertura a tiempo real de los hechos con un gran protagonismo de la imagen. Desde las últimas décadas del pasado siglo, la televisión ha devenido en un medio de comunicación global cuyo impacto adquirido a partir de la espectacularidad en el tratamiento informativo de los conflictos bélicos, la ha convertido en un elemento trascendental en la concepción y desarrollo de los mismos. Ningún gobierno puede hoy día desatender el modo en que una determinada guerra es narrada o filmada pues de este aspecto dependerá en gran medida la legitimidad de sus actos frente al público internacional. La imagen ha devenido en un acto de verdad; el espectador juzga aquello que ve, se emociona con los rostros que desfilan en la pantalla, se alinea con uno u otro bando dependiendo de la perspectiva del que comunica. La palabra impresa o locutada ha perdido su valor en favor de la inmediatez de las acciones televisadas a partir de la percepción de que los hechos no pueden ser disfrazados en su representación en pantalla, de que son objetivos, auténticos y, por tanto, pruebas irrefutables de lo que en el lugar acontece.

En el ámbito académico este fenómeno ha sido catalogado como el *efecto CNN* en referencia a la cobertura informativa 24 horas desarrollada, con carácter pionero, por el canal internacional de noticias Cable News Network (CNN) en conflictos como la Primera Guerra del Golfo (1990). Su originalidad residía en ofrecer información actualizada en bucle durante las 24 horas del día

acompañada por una gran profusión de imágenes de los hechos en tiempo real, con lo que rompía la estructura tradicional de servicio informativo televisivo basado en boletines puntuales enmarcados en programas para tal efecto. Es decir, si en prensa la información era ofrecida cada mañana con la salida del nuevo número y en radio y televisión esta era emitida en sus respectivos espacios entre el resto de la programación, un canal como CNN consagraba todo su tiempo en antena a la narración de noticias con el objetivo de mantener al espectador atento al menor cambio de la actualidad. Naturalmente, el interés de este nuevo formato periodístico hallaba su razón de ser en acontecimientos de gran trascendencia con un flujo informativo suficiente como para ofrecer datos novedosos cada cierto tiempo. En este sentido, los conflictos bélicos eran especialmente idóneos para atraer a una audiencia potencial ingente en todo el mundo (además de para mostrar la auténtica independencia que los inspira).

Ahora bien, esta cobertura no se limitaba a una mera sucesión de *breaking news* transmitidas de forma aséptica y objetiva, sino que conjugaba distintos elementos para confeccionar un producto atractivo para el ciudadano medio. Entre ellos, además de las propias imágenes de la guerra, se sucedían gráficos, simulaciones, testimonios de expertos y piezas con una especial significación de la música con el objeto de dinamizar el propio ejercicio informativo. En resumen, la guerra se tornaba en un espectáculo audiovisual suficientemente sugestivo como para propiciar un impacto emocional en las audiencias que podría ser instrumentalizado para canalizar una serie de opiniones en el seno de la opinión pública.

Como señala Steven Livingston (1997), el efecto CNN puede desempeñar tres roles diferentes; 1) el de agente de establecimiento de la agenda setting, 2) el de obstáculo para el éxito de los objetivos políticos deseados, y 3) el de acelerador de la toma de decisiones políticas. No obstante, si bien el primero de los puntos se antoja lógico, ya que una cobertura pormenorizada de los hechos en un medio de comunicación de tal impacto marca de forma casi inequívoca los temas tratados en la opinión pública, los dos siguientes efectos arrojan más dudas en cuanto resulta difícil deslindar las esferas de la comunicación y la política. Al fin y al cabo, las cadenas CNN o Fox News (las primeras en implementar el modelo 24 horas) son empresas estadounidenses independientes que, sin embargo, deben contar con el beneplácito del gobierno de su país para introducirse en regiones en conflicto y tener acceso al material informativo. De hecho, los periodistas de estas cadenas deben ir en muchos casos incrustados entre las filas del ejército como garantía de su propia seguridad, por lo que su perspectiva de los hechos será cuanto menos incompleta.

Además, tal y como señala Marthoz, “a pesar de la cobertura televisiva en vivo y la globalización de la información, más y más conflictos se han tornado invisibles, ya sea porque han tenido lugar en áreas demasiado peligrosas para cubrir, ya sea porque los ejércitos han cerrado en el terreno de la batalla y sólo han permitido expediciones bien controladas en áreas previamente higienizadas” (2003: 25), lo cual confirma la dependencia de los medios frente a los ejércitos y gobiernos.

Este fenómeno del periodismo incrustado o insertado (*embedded* en inglés) fue ya ensayado en la Primera Guerra del Golfo, cuando los periodistas fueron recluidos en ‘zonas seguras’ o *pools* en las que recibían la información oficial del ejército. Su función se reducía, pues, a servir de mediadores entre unos de los bandos y la audiencia global, además de retransmitir las impresionantes imágenes de los bombardeos nocturnos de la alianza sobre Bagdad desde las terrazas de sus hoteles. Sin embargo, la aplicación definitiva de esta práctica llegaría con la Segunda Guerra del Golfo o Guerra de Irak (2003), en la que, alertados por la pérdida de credibilidad de los medios de comunicación fruto de su actitud servil y tendenciosa en el anterior conflicto, las autoridades estadounidenses decidieron ofrecer la posibilidad a los periodistas de viajar con las tropas en todo momento para tener un ‘acceso directo’ a la información. En realidad, tan sólo se trataba de una estrategia propagandística mediante la cual asegurarse de que las noticias e imágenes emitidas fuesen acordes con sus propios intereses, pues, obviamente, era el ejército el que decidía qué lugares mostrar o qué versiones de los hechos narrar. El resultado es una cobertura de la guerra depurada, higiénica, en la que no había imágenes atroces de personas desmembradas o asesinadas por los bombardeos, tan sólo se ofrecía una visión irreal de estas, en su mayoría nocturnas, como si se tratase de un videojuego bélico, como si su capacidad de destrucción estuviese supeditada al espectáculo audiovisual que aparecía en las pantallas de todo el mundo. En cualquier caso, la práctica de los periodistas incrustados no es exclusiva de EEUU y ha sido practicada por la mayor parte de los contendientes en las guerras modernas, siendo más restrictiva cuanto mayor fuese el grado de tiranía del gobierno.

Estructura y control de la información

La visión más o menos uniforme que se arroja de la realidad internacional, y en especial de los conflictos globales o regionales, desde los medios de comunicación con mayor alcance entra en contradicción con la libertad de prensa que inspira a los régimenes democráticos donde estos desarrollan su actividad. El periodismo es entendido como una profesión independiente y libre de posibles intromisiones

por parte de sus gobiernos, por lo que sorprenden las nimias divergencias halladas entre diferentes medios en relación a determinados temas de actualidad. Por ejemplo, la guerra civil desarrollada todavía hoy en Siria ha demostrado la actitud unánime de los medios occidentales en condenar el régimen de Bashar al Assad y exhibir una complacencia poco disimulada con las tropas rebeldes, armadas por las repúblicas suníes del Golfo y financiadas por EEUU. Así pues, presuponiendo que los gobiernos no tienen una influencia directa o coercitiva en los medios de comunicación para dirigir su actividad informativa hacia sus propios intereses en virtud a la libertad que dota de naturaleza a los mismos, cabe examinar qué personas o colectivos se encuentran detrás de este reducido número de medios de alcance internacional y qué objetivos comunes les unen tanto entre ellos como con las instituciones políticas occidentales.

El análisis de la estructura internacional de la comunicación supone un interesante aunque inabordable campo de estudio para las dimensiones del presente trabajo, sin embargo puede resultar útil proveer de una serie de datos objetivos con los que ilustrar el restringido reparto del 'pastel' informativo global. La mayor parte de los contenidos culturales (entre los que se incluye la información) se reparten en la actualidad entre seis grandes conglomerados de capital occidental (en su mayor parte estadounidense); Time-Warner (que incluye el canal de noticias CNN, las productoras de cine Warner y New Line o la influyente revista Time), Viacom (propietaria de los estudios Paramount y los canales televisivos MTV y Nickelodeon entre otros), News Corp, (imperio mediático del magnate Rupert Murdoch que incluye la marca Fox y periódicos en Australia, Reino Unido y Estados Unidos), Disney (más allá de su división tradicional de entretenimiento infantil es también propietario de la cadena de televisión ABC, de multitud de emisoras de radio y de un nutrido número de cabeceras en el sector editorial), NBC Universal (cuenta con una extensa plataforma televisiva internacional por satélite), y Bertelsmann (único conglomerado de capital europeo de la lista con un extenso imperio televisivo en el viejo continente a través de la marca RTL)

A su vez, son numerosas las imbricaciones de estos holdings con otras empresas transnacionales de diferentes sectores (las estrechas relaciones entre Disney, McDonald's y Coca-Cola es sólo un caso ilustrativo) o con personas o colectivos cercanos (o insertos) en los círculos de poder político (entre el grupo de consejeros de News Corp. se hallan Tony Blair y José María Aznar). De hecho, mientras que durante algún tiempo los medios comerciales formaron oligopolios horizontales en sus propios mercados domésticos, el nuevo sistema mediático ha propiciado una paulatina integración vertical a partir de holdings que aglutinan desde medios de comunicación a empresas armamentísticas. Del mismo modo,

las relaciones entre los distintos conglomerados mencionados son fluidas en cuanto lideran proyectos conjuntos (por ejemplo, la titularidad de Nickelodeon es compartida entre Viacom y Time Warner) e incluso comparten contenidos informativos, por lo que, si bien introducidos en una competición por las cuotas de mercado, la cooperación es una constante que desvela la complicidad de los actores de un sistema monopolístico bien avenido.

Estos datos corroboran, así pues, un escenario en el que la información y, en su extensión, los discursos culturales, se hallan controlados por un restringido grupo de actores que hacen prevalecer su poder no sólo en la esfera occidental, sino en la mayor parte del mundo. Ello se traduce en la propagación de una determinada visión de la realidad internacional basada en las necesidades e intereses de las naciones que sustentan estos conglomerados, especialmente Estados Unidos. La aparición de un medio informativo como el canal televisivo árabe de 24 horas Al Jazeera, propiedad del emir de Qatar, ha supuesto un paso para la institución de un sistema algo más equilibrado (o una suerte de contrapoder) en cuanto ofrece una perspectiva cercana a las sensibilidades del mundo musulmán y alejada, por tanto, de la caricaturización constante aplicada por los medios occidentales, aunque en el fondo (y a pesar de su encendida defensa de la libertad de prensa y el pluralismo) sus políticas comunicativas se plieguen a las disposiciones de las ricas repúblicas del Golfo, precisamente aliadas de Estados Unidos en las acciones desarrolladas en la zona (así se ha demostrado, por ejemplo, en la guerra civil de Siria).

Imperialismo mediático y desequilibrios informativos

De cualquier modo, la dominación informativa de los medios occidentales no se trata de un fenómeno novedoso de la época contemporánea. Desde que en la primera mitad del siglo XIX se conformaran las grandes agencias de noticias internacionales; la británica Reuters, la francesa Havas, la alemana Wolff y la estadounidense Associated Press (AP), en un proceso adherido a la paulatina colonización de los países del Sur, la información se erigió como un instrumento de poder al servicio de las grandes potencias, quienes transferían sustanciosas ayudas económicas a estas agencias al tiempo que les abría ingentes mercados de explotación para su reparto (normalmente coincidiendo con la propia división política de los mismos). Se trataba del denominado reparto informativo del mundo, cuyas consecuencias son perceptibles aún hoy día.

De hecho, el desequilibrio manifiesto de los flujos informativos entre Norte-Sur ha devenido en un tema de discusión central en la agenda política internacional desde que la ONU reconoció tras la II Guerra Mundial el rol de los

medios de comunicación como instrumento de conocimiento entre las naciones y culturas y se estableció la libertad de información como un derecho humano fundamental. No obstante, el concepto mismo de libertad de información es sumamente complejo y sujeto a interpretaciones divergentes, por lo que la capacidad de los organismos supranacionales para legislar o al menos decretar un mínimo código de conducta aplicable a los medios de comunicación se ha visto lastrado por aquellos que consideran el ejercicio periodístico como una actividad inviolable ante cualquier influencia exterior. De este modo, la libre circulación de información a escala global, basada obviamente en la preponderancia económica y política de las naciones desarrolladas, se ha terminado por imponer como el comportamiento de facto a pesar de los intentos de regular esta dominación explícita en términos comunicativos.

De especial relevancia, fue la tentativa fomentada por la UNESCO a través del Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación (NOMIC) postulado en el denominado Informe McBride (su título era 'Voces Múltiples, Un solo mundo, 1984), publicado en 1980 tras las conclusiones extraídas de la comisión encabezada por el propio Sean McBride. El análisis previo partía de la fragilidad de los medios de comunicación ante las presiones padecidas desde las estructuras económicas y políticas en las que se insertaban como eslabones de gigantescos conglomerados transnacionales. Esto repercutía en la conformación de un tratamiento más o menos homogéneo de la realidad informativa que, además, se imponía al resto del mundo de forma inequívoca. Interesado por el punto de vista de McBride, el por entonces director de la UNESCO, M. M'Bow, encargó la constitución de una comisión que investigara las implicaciones que este hecho tenía en el respeto a la libertad de información y en el derecho de la ciudadanía a estar informada veraz y equitativamente.

Los resultados del informe arrojaban una carencia patente de democracia en el sector comunicativo global causada por el control monopolístico ejercido por un grupo reducido de conglomerados mediáticos sobre los flujos informativos, los cuales continuaban reproduciendo las mismas dinámicas de poder Norte-Sur instauradas desde la época de las colonizaciones. Para combatir esta realidad, se sentaron las bases de una política de comunicación orientada al desarrollo autónomo de las regiones del Sur, el acceso libre a la información, la innovación tecnológica y el respeto a los derechos humanos. Para conseguirlo, se planteó la necesidad de instituir unos códigos deontológicos desarrollados por los propios periodistas que rigieran la función de los medios en su promoción de unos valores acordes con la cultura de paz y la oposición a la violencia como herramienta de resolución de conflictos. Además de esto, se realizaron propuestas encaminadas a paliar o eliminar los desequilibrios

mundiales en el ámbito de la comunicación mediante la ruptura del monopolio ejercido por las grandes potencias y la apertura a un sistema plural de canales de información que revirtieran los flujos unidireccionales de Norte a Sur.

Si bien es cierto que el NOMIC obtuvo una gran aceptación entre los países no alineados en algunos de los bandos de la Guerra Fría, pues su intención era precisamente desembarazarse de los lazos coloniales que aún tenían contraídos con las grandes potencias mundiales, su repercusión efectiva estuvo condenada desde un primer momento al fracaso debido a la negativa de EEUU a aceptar ninguna de las disposiciones planteadas por el Informe McBride. De hecho, el país norteamericano llegó a desvincularse oficialmente de la UNESCO en 1985 en protesta por lo que consideraban unas políticas que atentaban contra la libertad de información. Debido al fuerte peso de EEUU dentro de la organización, particularmente en lo referente a la carga presupuestaria que sostenía a la misma, el director de la UNESCO sería relevado en 1987 y todos los preceptos sugeridos por el NOMIC desterrados para siempre. De hecho, entre finales de los 80 y la década de los 90, el sector de la comunicación vivió un proceso de concentración inédito hasta ese momento favorecido por las políticas neoconservadoras implantadas por Ronald Reagan en EEUU y Margaret Thatcher en Reino Unido.

Es lo que Majid Tehranian (2002) ha denominado como el *pancapitalismo mediático*, “la comunicación global ha creado virtualmente un mundo sin fronteras. Mientras los sistemas comerciales dominan el contenido de las noticias, los gobiernos intentan, a veces sin éxito, controlar los flujos informativos en sus propios territorios mediante la censura” (2002:6). Se trata de un fenómeno global ya que las relaciones de propiedad y distribución adquieren un alcance global en base a otras tendencias adheridas como la digitalización, la convergencia y la fragmentación de audiencias. Esto permite a los oligopolios de comunicación poseer un número aparentemente ilimitado de medios con su propia identidad y destinado a un público concreto y localizado.

Componentes ideológicos de los sistemas mediáticos

En ocasiones, para comprender el modo en que las estructuras de poder y los propios sistemas mediáticos interaccionan entre sí, es preciso conocer en qué esquema conceptual se inscriben y cuáles son las características que definen su entorno. En la segunda mitad del siglo XX, los investigadores Siebert, Peterson y Schramm desarrollaron Cuatro teorías de la prensa (1959) un interesante estudio acerca de los sistemas mediáticos más importantes a lo largo de la historia y su preeminencia en distintas áreas geográficas.

La primera de las teorías se corresponde al modelo autoritario surgido en los siglos XVI y XVII en las monarquías europeas coincidiendo con la invención de la prensa y el consiguiente auge de las publicaciones impresas. Esta ruptura con el orden existente hasta ese momento, en el que el clero acaparaba buena parte de la producción intelectual, propició que los monarcas instrumentalizaran estas formas periodísticas rudimentarias en su propio beneficio ante el temor de que el pueblo llano pudiese cuestionar su poder y verdad absolutos. Así pues, las estructuras de la prensa estaban ligadas íntimamente con la monarquía, que, a su vez, concedía licencias de impresión a aquellos individuos de confianza cuya actividad semi-profesional no revertiría en críticas hacia la real institución.

El desarrollo de las naciones europeas modernas desterró paulatinamente el modelo autoritario de la prensa, sin embargo, este continúa prevaleciendo en numerosos regímenes con estructuras políticas cerradas y con escaso apego a los valores democráticos en los que su grado de desarrollo ya no es una condición exclusiva, tal y como demuestra las ricas naciones del Golfo Pérsico. Relacionado con este modelo, Siebert también analizó el modelo comunista-soviético de la prensa, en el que, al igual que en el autoritario, el Partido en este caso desempeña un rol omnipotente frente a los medios, quienes se encuentran al servicio del éxito del Estado y su Verdad. Los últimos remanentes de este modelo se pueden hallar en Corea del Norte o Cuba.

Con el advenimiento de la Ilustración, y más aún el capitalismo, la prensa devino en un negocio enmarcado en el sistema nacional cuya función, además de la informativa, se orientaba al entretenimiento con el objeto de ampliar sus audiencias objetivas e incrementar, por ende, sus beneficios. Este modelo libertario de la prensa, tuvo y aún detenta una amplia influencia en Norteamérica y Europa Occidental, extendiéndose a otras partes del mundo como Japón o América Latina. Su doctrina está basada, principalmente, en la libre circulación de noticias en el seno de un ingente sistema de mercado que tiende a regularse por sí mismo. El gobierno se erige como un mero garante del buen funcionamiento de las estructuras mediáticas, sin embargo estas son independientes de su poder en contraposición a la influencia directa ejercida por los anteriores modelos.

Por su parte, el modelo de la responsabilidad social va más allá y establece que la actividad de la prensa no puede inscribirse en un mercado libre sin sujeción a una serie de parámetros, sino que los medios deben hacer valer su responsabilidad inherente o ser forzada a ella. En virtud a este modelo, toda la ciudadanía tendría acceso a participar en la configuración de la opinión pública en un proceso libre, colectivo, respetuoso con los derechos humanos y regido por un conjunto de valores

éticos. Un modelo, al fin, que constituye un ideal en las sociedades desarrolladas pero cuya aplicación nunca es completa.

Y es que, ante el amplio desarrollo de la globalización económica y cultural experimentado en las últimas décadas, las estructuras mediáticas forman parte de auténticos sistemas transnacionales de poder cuyo principal objetivo es la conquista de nuevos mercados de negocio. La ideología liberal, instalada de forma especial en la esfera occidental, y en concreto en EEUU, ha instaurado un orden informativo hegemónico en el que la responsabilidad de los medios queda relegada a un segundo plano en favor de otros intereses, entre ellos políticos, en clara complacencia con las autoridades políticas que han permitido la expansión sin límites de estos conglomerados multimedia. Así también lo establece Fortner: “La fuerte insistencia de la tradición de pensamiento liberal demócrata de los países del norte en la libertad individual está subordinada, o al menos emparejada, con grupos de presión y estructuras de propiedad”. (2010:142)

Esta concepción se encuentra estrechamente emparentada con la narrativa liberal de la historia de la comunicación, la cual concibe el devenir histórico como un proceso de democratización fortalecido por el desarrollo de los medios de comunicación de masas. La tradición liberal, por lo tanto, narra la cronología de los medios de comunicación como una historia de progreso en la que estos llegaron a ser libres, cambiando su alianza con sus respectivos gobiernos en favor del pueblo y al servicio de la democracia (Curran, 2002).

Esta visión positiva de los medios de comunicación, por la que la ciudadanía es dotada de un poder que cobra tintes casi emancipatorios frente a otras estructuras de poder, es contestada desde la narrativa radical de la historia, cultivada entre otros por Jurgen Habermas (1981) a mediados del pasado siglo. Según el filósofo alemán, se ha producido una refeudalización de la opinión pública a raíz del deslizamiento de la esfera de comunicación en el terreno de las relaciones públicas, la publicidad y los grandes negocios. Desde esta perspectiva, la información dispensada por los medios de comunicación de masas instan a un consumo desaforado, a un desapego de la política, que es presentada como un espectáculo audiovisual, y configuran un discurso prefabricado en torno a una serie de creencias compartidas e interesadas. De esta forma, los medios, en lugar de expresar la voluntad de su público utilizan su influencia para manejar a este. En una línea de pensamiento similar, la Escuela de Birmingham atribuyó la subordinación de los medios al control ideológico ejercido por su entorno, en particular a la internalización inconsciente de los supuestos de la cultura dominante por parte de los periodistas, y su dependencia de los grupos de poder y las instituciones como nuevas fuentes.

Esto tiene poco que ver con las cinco funciones que McNair estableció de la comunicación mediática en el 'tipo ideal' de las sociedades democráticas. "La primera, informar a los ciudadanos de qué está ocurriendo a su alrededor. Segunda, educarlos respecto al significado de los 'hechos'. Tercero, proveer de una plataforma para el discurso político público que debe incluir la provisión de espacio para la expresión del disenso. Cuarto, dar publicidad a las instituciones políticas y gubernamentales, y finalmente servir como canal para la defensa de puntos de vista políticos divergentes". (1999:21-22)

Más allá de las distintas teorías, lo que supone un hecho contrastado es que la doctrina neoliberal aplicada al sector de la comunicación no revierte en una pluralidad informativa de alcance global. Entre otras razones, porque los altos costes de entrada al mercado impiden la creación de nuevos medios independientes; la presión competitiva de este para maximizar las ventas da lugar a una cobertura de los asuntos públicos con un especial protagonismo de contenidos banales de interés humano; el libre mercado restringe la participación en el debate público y la limita a las élites; y socava el debate racional a partir de una información simplificada, personalizada y descontextualizada orientada a la obtención de beneficios.

IV. Medios de comunicación y conflictos

Partiendo de la premisa que la información difundida diariamente por los medios de comunicación internacionales representa un porcentaje reducido del volumen de noticias generado por las agencias y otros canales de información, sorprende constatar la proliferación de sucesos violentos, tragedias medioambientales o conflictos bélicos que son retransmitidos por las televisiones y medios digitales de todo el mundo. La predilección por imágenes que contengan un fuerte componente de sufrimiento humano se encuentra en la base de la cobertura mediática de la realidad, de un modo especial cuando esta es lo suficientemente lejana como para conmocionar al espectador sin llegar a plantearle intrincados dilemas morales. La violencia y la desgracia ajena han devenido en ingredientes consustanciales de una actividad informativa entendida como espectáculo audiovisual. De hecho, la mayor parte de este tipo de noticias carecería de cualquier valor si estuviesen desprovistas de la imagen que ilustra el padecimiento del otro.

Los criterios de la construcción de la noticia

De acuerdo a las conclusiones del estudio realizado por el Instituto para la Economía y la Paz (IEP) y Media Tenor en 2011 titulado *Measuring Peace in the Media*, y a tenor de los datos arrojados en el mismo, las noticias relacionadas estrechamente por la violencia son de mayor interés para los medios de comunicación, para lo que se apunta una serie de razones:

“Este tipo de historias tienden a ser más dramáticas e impactantes, a menudo con emociones muy primitivas acerca de la vida y la muerte. Por lo tanto, hay un “prejuicio” inherente hacia esas historias.[...] En cierto sentido, las noticias relacionados con la violencia se consideran más serias que otras muchas historias relacionadas con la no-violencia. Esta observación también ayuda a explicar por qué los países menos pacíficos tienden a recibir más atención mediática, en términos absolutos, al de las naciones más pacíficas. (IEP, 2011: 37)

De una forma destacada, los conflictos armados han sido tradicionalmente objeto de una atención desmedida por parte del periodismo hasta conformar auténticos fenómenos mediáticos cargados de una mística particular que impregna incluso el trabajo del propio periodista sobre el terreno. La guerra en sí misma ha sido atribulada de una serie de valores como el heroísmo, el patriotismo o el deber como máxima indisoluble y unilateral del comportamiento del individuo que, más allá de ser plasmado en el cine, los videojuegos o las series de televisión, han sido trasladados al conflicto real. Y al igual que en estos productos culturales, el esquematismo cimentado sobre la dicotomía entre el Bien y el Mal, se reproduce no sólo en la cobertura de los medios de comunicación, sino en los discursos de los estamentos políticos que vertebran la misma. “Los medios tienden a hacer prevalecer el espectáculo, están mucho más preocupados por elementos emocionales que por el análisis de las causas estructurales de los conflictos” (Taibo, 2007: 31).

Se produce, de este modo, un transvase de los elementos del discurso político, marcados por un fuerte componente subjetivo, hacia la construcción del mensaje informativo, sujeto asimismo a un avanzado proceso de mercantilización y banalización posibilitado por la concentración mediática en grandes conglomerados empresariales que sirven a los intereses del mercado. El resultado es la instrumentalización de una cobertura superficial de los conflictos caracterizada por una carencia patente de contexto, pluralidad de fuentes, contraste de información y rigor periodístico. Todo ello repercute en una visión determinista del conflicto como una encrucijada que sólo puede ser resuelta a través de la violencia, por lo que la atención mediática dispensada a las iniciativas de resolución pacífica es, cuanto menos, mínima.

De hecho, en el informe del año 2010 del IEP y Media Tenor se llegaba a apuntar que tan sólo el 1,6% del material analizado correspondía a historias que abordan posibles avances en la transformación del conflicto y el fin de la violencia, con una clara preponderancia de noticias negativas correspondientes a regiones inmersas en dinámicas violentas. Como caso de estudio, se trataba la cobertura mediática dispensada a Afganistán en los últimos años, entre cuyos temas principales sobresalían los relacionados con la guerra, el crimen o las elecciones, mientras que otros ligados a los avances sociales o los intentos por propiciar el desarrollo del país eran proscritos.

Esta perspectiva puramente belicista de los medios de comunicación ha marcado la actividad periodística a lo largo de su historia y con una especial incidencia en el pasado siglo. Ello ha propiciado que un nutrido grupo de investigadores sociales se hayan interesado en descifrar las razones de una práctica que, en lugar de contribuir al mantenimiento y desarrollo de relaciones pacíficas entre naciones y pueblos, únicamente suscita el enfrentamiento entre los mismos. Uno de los primeros académicos que abordaron el asunto es el sociólogo noruego Johan Galtung, quien, además de sentar las bases de los estudios internacionales sobre paz y conflictos (fue fundador del Instituto de Investigación sobre la Paz de Oslo en 1958), se internó en el análisis de su dimensión mediática e inició una nueva disciplina o materia denominada Periodismo para la Paz.

No obstante, antes de promulgar una serie de postulados que deberían regir el ejercicio periodístico con el objeto de promover la paz y los derechos humanos, y que serían desarrollados posteriormente por otros investigadores, Galtung ofreció una interesante aproximación a las particularidades de la cobertura mediática de los conflictos. Ya en un artículo de 1965 publicado en el *Journal of Peace Research* y titulado *The Structure of Foreign News*, planteaba un conjunto de hipótesis acerca de cómo los sucesos se convertían en noticias. Entre ellas, se argumentaba que los hechos debían ajustarse a la frecuencia del propio medio informativo para facilitar su tratamiento; se apuntaba la amplitud o impacto del suceso como criterio de selección; la idoneidad de eventos poco ambiguos e inequívocos; la proximidad de estos, ya fuese geográfica o cultural, como marca de relevancia; o la variedad de tipos de noticias para conformar un relato diáfano y entretenido.

Si bien todas estas hipótesis podían ser aplicadas a la cobertura mediática de los conflictos, Galtung propuso a su vez otra serie de criterios que hacían una determinada disputa susceptible de acaparar titulares o noticieros

frente a otros conflictos que, sin embargo, permanecían obviados. En primer lugar, establecía que cuanto más conciernen los hechos a las naciones que podría ser consideradas de la élite (económica y políticamente) más interés representarán para los medios. En la misma línea, si estos hechos afectan a personas de relevancia pública, su inclusión en la cobertura informativa estará garantizada. También se incluye el componente del interés humano, por el que el protagonismo recae en un individuo, el cual puede ser anónimo, que encarna una serie de valores destacados o mediante sus actos se logra una empatía en el público. Por último, Galtung asevera que cuanto más negativa sea la situación, así como las consecuencias que de ella se pueden derivar, más probable es su tratamiento informativo.

Todo se plasma en una concepción mediática del conflicto basada en la confrontación de dos fuerzas en una suerte de competición de suma cero por la que sólo puede existir un vencedor. Precisamente, Galtung ha señalado esa perspectiva del tratamiento informativo de la guerra como más propia de un campeonato deportivo donde los avances y retrocesos de los actores no se miden de acuerdo a la pista de juego sino al campo de batalla. El modelo de reportaje bélico se centra, así pues, en informar acerca del número de bajas de uno y otro bando, los movimientos desplegados sobre el terreno, las conquistas realizadas o el poderío militar exhibido. Sin embargo, se obvian las iniciativas para el establecimiento de la paz (y si son abordadas lo hacen desde una posición de incredulidad sobre su posible éxito), las raíces del propio conflicto o las soluciones a largo plazo.

De este modo, nos situamos en un escenario cerrado donde se enfrentan dos partes en pos de un único objetivo; vencer. No obstante, el acercamiento de los medios a este esquema no es equitativo, sino que se produce una asimilación de los objetivos y sensibilidades de uno de los contendientes en el discurso informativo, posibilitando la reproducción de la dualidad inicial aunque ahora desde una implicación por la que se establece un ‘Nosotros’ y un ‘Ellos’. Desde este sentimiento velado de pertenencia, se llega a desvirtuar al sujeto contrario, atribulado con las características propias del enemigo, en favor del otro sujeto con el que el medio se identifica directa o indirectamente. Por ello, se dará voz a aquellas élites (individuales o institucionales) que representen las posiciones compartidas o, en su defecto, se erijan como elementos neutrales, enlazando con uno de los criterios apuntados anteriormente. Esto significa que el rol desempeñado por otros actores como ONG locales y miembros en general de la sociedad civil, quede relegado en un segundo plano o simplemente eludido en la cobertura.

El axioma de la objetividad y la teoría del 'feedback loop'

Esta visión, no obstante, contradice uno de los preceptos por antonomasia de la profesión periodística, y en particular en este tipo de situaciones: "nosotros sólo narramos los hechos". A pesar de que son muchos los periodistas que se atrincheran bajo una autoconsciente (o no) función de mero mediador entre la realidad y la ciudadanía, lo cierto es que toda actividad periodística es en sí misma una intervención. La objetividad entendida como meta del informador puede constituir una actitud conveniente para afrontar la actividad profesional de un modo lo más equilibrado posible, sin embargo, acogerse a esta premisa con el objeto de liberarse de la responsabilidad que detenta es susceptible de desembocar en prácticas perjudiciales en el marco de un conflicto determinado. Por otro lado, la adhesión excesiva al principio de la objetividad también puede incidir en la superficialidad de la cobertura, en cuanto el periodista únicamente se limita a describir los hechos que acontecen en ese preciso momento, sin explicar el modo por el que se ha llegado hasta ese punto.

A pesar del argumento de la objetividad esgrimido por algunos periodistas para no rendir cuentas acerca de su impacto en la opinión pública y las consecuencias que de él se derivan, sorprende la escasa estima que se profesan los propios periodistas en las encuestas realizadas para conocer la valoración de la disciplina entre los miembros de esta. Así pues, además del sustancial descrédito padecido por la profesión ante la ciudadanía, incrementado aún más en la última década tras polémicos episodios en los que se ilustró la servidumbre de la misma frente a los poderes políticos y económicos, el periodismo afronta un desprestigio patente entre sus filas a partir de la conjunción de distintas circunstancias que interfieren el proceso informativo, tales como la autocensura, las injerencias directas o indirectas de los gobiernos y los propietarios, la dependencia de fuentes oficiales, la banalización de los contenidos o la instauración de un pensamiento único acorde con la política editorial del medio.

De esta forma, la falta de compromiso del periodismo actual con la promoción de los valores de una cultura de paz respetuosa con los derechos humanos, el desarrollo de los pueblos o la resolución pacífica de los conflictos, amparada por una suerte de doctrina unívoca cimentada bajo los principios de la objetividad profesional, se nos antoja como una muestra más del control ejercido por las estructuras de poder (ya sean políticas, económicas, religiosas...) sobre los medios de comunicación, también en un ámbito de gran sensibilidad como la cobertura informativa de conflictos bélicos. La dependencia de los medios ante estos poderes, así pues, es disimulada por un conjunto de valores profesionales de escasa aplicabilidad que guardan una apariencia de neutralidad frente a un escenario en el que toman partido *de facto* desde su inicio.

No obstante, también se ha tratado con amplitud el asunto de la influencia que los medios de comunicación detentan en la configuración de determinadas políticas de acuerdo al principio del *feedback loop* (o bucle de retroalimentación). Tal y como se define en el informe *Reporting de World* (Lynch, 2002), “hoy día, la experiencia en la actividad informativa sugiere que muchos actores (no sólo gobiernos o estamentos militares) adaptan sus comportamientos para ofrecer los hechos a los periodistas. El cálculo de en qué modo serán construidos los hechos afectan no sólo a la presentación de una política o acción, sino a esta en sí misma”. Naturalmente, esta actitud se basa en la experiencia y en la previsión de una serie de conductas que precisan ser controladas por parte de los actores en disputa para mantener un clima de opinión pública acorde a sus intereses. Así pues, y a pesar de que el poder ejercido sobre los medios se reproduce a través de distintos mecanismos, estos también revierten su autoridad contra los implicados en el conflicto propiciando la asunción de acciones destinadas a ser refrendadas por los propios medios. Por ejemplo, un gobierno democrático no autorizaría una matanza indiscriminada de civiles para suscitar una posición de la opinión pública proclive a la guerra, aunque esta fuese beneficiosa para sus intereses, pues el impacto sería negativo (otra opción sería impedir la cobertura de los medios). Sin embargo, sí estaría inclinado a crear una campaña de difamación incriminatoria del enemigo (aunque sea falsa) para justificar un ataque que, provocando multitud de víctimas, se enmarcara en una acción justa e higiénica.

Es decir, la guerra podría ser un extenso campo donde cometer las barbaridades necesarias para la consecución de una serie de objetivos, sin embargo hasta los régimenes dictatoriales precisan del apoyo popular para perpetuarse en el poder, y ese apoyo es alcanzado en gran medida a partir del control de los medios de comunicación. Estos, no obstante, deben guardar, al menos en la esfera occidental, una apariencia de ecuanimidad que exige a los poderes una presentación de los hechos digerible y justificable por la opinión pública, en un proceso de retroalimentación constante donde los actores se determinan entre sí. Especialmente paradigmático a este respecto, fue la cobertura informativa de los medios norteamericanos tras los atentados terroristas de Nueva York en 2001, promoviendo un incipiente clima belicista aprovechado por el gobierno para iniciar la campaña militar en Afganistán. Determinar quién influyó a quién puede estar sujeto a debate, sin embargo pocos son los indicios que hagan pensar en la autonomía absoluta de los medios, no sólo frente a los poderes políticos, sino a las estructuras económicas y grupos de presión que los sustentan.

De esta forma, el *feedback loop* al que hacíamos referencia anteriormente no es una cuestión exclusiva de dos elementos en interacción, se trata más bien de un entramado en el que los componentes son múltiples, aunque las metas puedan ser similares. En medio del proceso, se encuentra el periodista, quien debe realizar su

trabajo y ejercer su responsabilidad social frente a presiones de distinta procedencia (grupos políticos, económicos, su propio medio o la misma audiencia), en una relación de causa-efecto en la que queda atrapado entre la objetividad que parece demandarle la deontología profesional y la tendenciosidad 'de facto' a la que es sometido por el entorno mediático.

V. Medios de comunicación por y para la paz

Dimensión ética de la comunicación global

Surge así una cuestión trascendental para abordar el futuro inmediato del periodismo como es la dimensión ética que debe regir su funcionamiento. La ética y la deontología profesional del periodismo han sido enclaustradas tradicionalmente en un conjunto de premisas bienintencionadas aunque vacías de contenidos y, sobre todo, muy alejadas de su aplicabilidad en el terreno práctico. Como apunta Tehranian (2002), los objetivos éticos son, en última instancia, rehenes de los regímenes institucionales, nacionales e internacionales bajo los que están englobados los medios, por lo que en gran medida responderán a los intereses, o al menos los esquemas conceptuales, de estos.

En el ámbito internacional, los dos ejes éticos fundamentales giran en torno a las ideas de democracia y paz, y en concreto se refieren al acceso igualitario a la información, el equilibrio de los flujos informativos globales, la responsabilidad y legalidad como valores que inspiran el ejercicio periodístico,

o la promoción del desarrollo de los pueblos. No obstante, la consecución de estos preceptos corresponde a categorías diferentes. Es decir, un periodista individual difícilmente tendrá la capacidad de regular la dirección de los flujos de información, al igual que un organismo supranacional no puede garantizar que una noticia determinada de un medio concreto no cause un daño directo a un conjunto de individuos.

Para establecer las diferencias en los objetivos, Tehranian (2002; 70) elaboró una interesante tabla en la que se conjugaban los códigos éticos de la Sociedad de Periodistas Profesionales (SPJ, en sus siglas en inglés), asignados a título individual, y las categorías recogidas en Siebert (1974) y McQuail (2000) correspondientes a las distintas esferas susceptibles de conformar un marco ético de la comunicación; el corporativo, el nacional y el internacional. Por ejemplo, entre los códigos profesionales presentes a título individual destacan el de buscar la verdad y la objetividad o el de promover la paz mundial, mientras que los valores corporativos se refieren a consideraciones como la legalidad, la responsabilidad profesional o la rentabilidad. Estos, a su vez, se insertan en los diferentes sistemas comunicativos recogidos por Siebert a nivel nacional y se desarrollan con las políticas globales como el acceso y la participación o los flujos libres y equilibrados.

Nivel	Individual	Corporativo	Nacional	Internacional
	Veracidad y Objetividad	Rentabilidad	S. Autoritario: Orden	Flujos libres y equilibrados
	Responsabilidad Social	Supervivencia	S. Libertario: Libertad	Libre acceso y participación
	Respeto a la privacidad y dignidad humanas	Legalidad	S. Igualitario: Igualdad	Derechos de expresión
	Independencia	Responsabilidad Profesional	S. Comunitario: Solidaridad	Legalidad internacional
	Veracidad	Responsabilidad Pública		
	Promocionar la paz			

Tabla elaborada a partir de Tehranian (2002)

Si este mapa conceptual pudiera ser traducido a un diagrama donde se percibiera el esfuerzo desarrollado por las instituciones pertinentes en el establecimiento de un escenario ético adecuado, sería perceptible el excesivo hincapié realizado en el ámbito individual para la constitución de este, y la tibieza demostrada en el resto de esferas. Las asociaciones profesionales de periodistas y los investigadores en comunicación se han prodigado ampliamente en la promulgación de catálogos éticos tendentes a regular su actividad, sin embargo, la perspectiva adoptada ha estado enfocada a un nivel muy específico que minusvalora las presiones recibidas por el periodista en el desempeño diario de su labor. Por ejemplo, la demanda de información veraz, contrastada y provista de un amplio contexto, es decir, una información de calidad, resulta difícil de alcanzar en ocasiones no por la desidia del profesional, sino por el escaso tiempo disponible para recabarla y procesarla, la imposición de un determinado sesgo editorial o la exigencia de la inmediatez que parece reinar en la actualidad. Ello nos lleva a reflexionar que son las propias empresas de comunicación o los gobiernos quienes deberían involucrarse, junto a los profesionales, en la confección de estos códigos de conductas proveyendo de las condiciones efectivas para su aplicación.

Por su parte, la pluralidad informativa en el seno de la mayor parte de las naciones supone una asignatura pendiente más obviada en el proceso de discusión sobre el comportamiento de los medios de comunicación. Normalmente, nos enfrentamos a sistemas mediáticos oligopólicos en los que priman los intereses comerciales por un lado, y los gubernamentales por otro, en torno a la concesión de licencias o la permisividad hacia la concentración empresarial. De este modo, el negocio prima sobre la responsabilidad de los medios, posibilitando productos más orientados al mero entretenimiento banal que a la formación de una opinión pública consciente de los asuntos que afectan a la sociedad.

Por último, cabe reseñar la tibieza demostrada por las organizaciones internacionales en la monitorización y regulación de los procesos de comunicación de incidencia global, instalándose en un *laissez faire* de facto ante la dominación explícita de los países desarrollados de los flujos informativos y su dejación de la responsabilidad social que detentan ante la ciudadanía universal. Este hecho fue corroborado ilustrativamente con la defenestración del Informe McBride y el rechazo del NOMIC apuntado anteriormente, desvelando la doble moral de un sistema más preocupado por la rentabilidad que por su compromiso con la ética.

Y es que cuando la libertad de prensa se erige como un axioma vacío a partir del que se legitima un orden injusto y hegemónico, el concepto en sí mismo pierde su valor. Esta libertad ha sido entendida como una oportunidad para la autorregulación del sector de la comunicación desde una perspectiva puramente empresarial,

habilitando una paulatina concentración de medios cuya incidencia en el desarrollo de una opinión pública equilibrada ha sido trascendental. Se ha potenciado, de este modo, una libertad de prensa ficticia, ya que en el fondo obedece a los designios del reducido conjunto de propietarios que copan el sector, y, al mismo tiempo, se ha desvirtuado el otro principio fundamental en cualquier tarea informativa; la responsabilidad.

Como base de un hipotético catálogo de normas éticas globales aplicadas a la comunicación mediática, se deben conjugar sendos principios en un ejercicio de proporción justa y armoniosa. Por un lado, la libertad de prensa debe constituir una condición *sine qua non* frente a los gobiernos como ante los intereses corporativistas que imperan en el actual sistema empresarial globalizado, de manera que se posibilite una libertad real a la hora de ejercer profesional y cualitativamente la tarea de informar, educar y entretenir a la ciudadanía. Por otro lado, esta libertad de prensa a dos niveles, debe estar complementada por la responsabilidad de los profesionales ante los deberes deontológicos de la veracidad, la neutralidad, la precisión o el respeto a la dignidad de las personas. Asimismo, esta responsabilidad debe revertir en un proceso de retroalimentación con el principio de libertad a raíz de la promoción de los valores democráticos, la libertad de expresión, el acceso igualitario a la información, la diversidad y el pluralismo, conformando así un sistema ético que gravita en torno a dos ejes que tienden a regularse recíprocamente.

El paso de una ética de la comunicación nacional o regional a una serie de códigos universales no es una tarea fácil. De acuerdo al profesor Stephen J. Ward;

"La lectura nacional de la ética del periodismo debe ser desafiada. En su lugar, debe ser buscada lo que yo llamo la ética global periodística. Esta debería estar destinada a crear una comunidad democrática global de personas y naciones. Esto implica el desarrollo de estructuras políticas democráticas en los países y una red de apoyo de estructuras internacionales y agencias. La nacionalidad, la etnicidad, la religión, la clase, raza o género de una persona es moralmente irrelevante si él o ella es un miembro de la humanidad y es incluido bajo los principios cosmopolitas" (2010: 269)

No obstante, en ese mismo libro colectivo, Robert S. Fortner argumentaba que "la búsqueda de una ética universal es vista con suspicacia e incluso con enfado en contextos como Asia u Oriente Medio, donde los periodistas ven esos valores globales como íntimamente ligados al poder occidental" (2010: 137). Todo ello deriva de la tradicional preponderancia ejercida desde Occidente frente a regiones que, décadas después, continúan siendo percibidas como colonias con un grado de desarrollo

democrático muy alejado de las grandes metrópolis. En el caso del periodismo, la desconfianza es mayor aún si cabe debido a la adscripción casi religiosa de los medios y periodistas de las grandes potencias a las teorías liberales de la comunicación.

Toda formulación ética de alcance global debe hallar su base en un diálogo real entre culturas mediante el que se enfatice la necesidad del intercambio con el Otro, del aprendizaje de la diferencia para así propiciar una hoja de ruta común tendente a la toma de decisiones y la implementación de políticas de comunicación compartidas. Ese es quizás el mayor reto al que se enfrenta la humanidad, no sólo en el campo de la información, sino en el de las relaciones humanas en todo su conjunto: fundamentar racionalmente la moralidad con el objeto de establecer una ética civil universal.

No obstante, el hecho de que los flujos informativos a nivel mundial estén controlados por media docena de conglomerados de capital occidental, no resta complejidad a un asunto que cobra tintes utópicos a medida que se proponen soluciones. Incluso se ha sugerido que, mediante una negociación de los códigos éticos en el seno de estos grandes grupos multimedia, su incidencia global sería suficiente para instituir un nuevo periodismo más responsable. Sin embargo, además de que el resultado de esta hipotética negociación podría estar muy alejado del esperado, no resolvería el problema del desequilibrio de los flujos informativos y la dependencia de los países menos desarrollados frente a las estructuras mediáticas de las potencias. Sin una pluralidad de voces, identificadas con la diversidad de medios independientes, no es posible una pluralidad de contenidos, y viceversa.

Esta realidad cobra una especial trascendencia cuando se trata de conflictos internacionales, ya que la cobertura mediática tradicional centrada en las élites niega la oportunidad de expresarse a aquellos actores que, desempeñando un rol importante en el desarrollo del conflicto y/o su posible resolución, son ignorados por los medios de comunicación. Si el flujo informativo discurre únicamente en una dirección, la pluralidad de versiones acerca de los hechos estará constreñida por los intereses del emisor y, por lo tanto, las oportunidades para comprender una situación en toda su complejidad se verán reducidas en torno a la historia oficial difundida por los medios más influyentes.

Para contrarrestar esta realidad, el esfuerzo de un gran número de investigadores en comunicación y periodistas se ha centrado en la constitución de un nuevo tipo de periodismo orientado a la consecución de la paz que palíe, en cierta medida, la carencia de pluralidad estructural que caracteriza el sistema mediático

internacional. Este, obviamente, no es la solución para la consolidación de una ética del periodismo global, sin embargo sí que supone un avance necesario en la instrumentalización de la profesión para fines pacíficos.

Bases conceptuales del Periodismo de Paz

Desde que Johan Galtung planteara el 1965 en su artículo *The structure of foreign news* el concepto de periodismo de paz (aunque lo desarrollara años después), la consolidación de este ámbito de estudio adherido al campo general de la investigación en comunicación se ha visto enriquecida por las aportaciones de un gran número de teóricos y periodistas que han pretendido sentar las bases de un modelo profesional práctico mediante el cual promover los valores de una cultura de paz. Se trata, pues, de combatir un patrón periodístico que, tal y como hemos venido advirtiendo a lo largo del presente trabajo, se encuentra enfocado a la violencia como vector resolutivo de todo tipo de conflicto.

La eclosión de este campo de estudio hunde sus raíces en un momento histórico en el que, tras el trauma heredado de las dos guerras mundiales, se produce una reacción por parte de la comunidad internacional en favor de los derechos humanos y los valores de paz con el propósito de que no se volviesen a repetir hechos tan trágicos como los escenificados en distintas regiones del mundo años atrás y como los que podrían reproducirse ante la amenaza nuclear instaurada por la Guerra Fría. Este movimiento tuvo su incidencia, asimismo, en el ámbito académico y, en concreto, en el desarrollo de la investigación sobre Paz y Conflictos, la cual tuvo que sobreponerse al pesimismo instalado entre los teóricos sociales e intelectuales ante la falta de soluciones y mecanismos de acción contra la violencia que marcó la primera mitad de siglo, tal y como expresó el siempre brillante Albert Camus en su discurso de recogida del Premio Nobel de Literatura en 1957;

"Esos hombres que nacieron al comienzo de la Primera Guerra Mundial, que tenían veinte años cuando Hitler llegó al poder y su proceso revolucionario estaba comenzando, que completaron su educación con la guerra civil española, la II Guerra Mundial y una Europa de torturas y prisiones; esos hombres deben hoy alzar sus voces y crear sus obras en un mundo amenazado por la destrucción nuclear. Nadie, pienso yo, puede pedirles que sean optimistas" (Camus, 1957)

Esta disciplina halló, de este modo, su razón de ser en el miedo a la hecatombe nuclear de un mundo bipolar en el que además se multiplican los conflictos bélicos de baja intensidad propiciados por los procesos de descolonización y la alineación de las nuevas naciones con una de las dos grandes potencias en disputa.

Se crearon numerosos institutos de paz, concretamente en los países nórdicos de Europa (Oslo, Estocolmo y Tampere), que se ergieron como centros privilegiados para la investigación sobre estas materias atrayendo a un gran número de académicos que contribuyeron con la publicación de artículos científicos y libros versados en las distintas dimensiones de los conflictos contemporáneos. La investigación sobre la paz devino, así pues, es un ámbito "multidisciplinar donde se combinaba una perspectiva holística con las metodologías empíricas y cuantitativas, marcada por un compromiso normativo con el análisis de las condiciones para una sociedad no violenta y el cambio político" (Ramsbothan, 1999:742). Un compromiso, además, que no eludía su aplicación práctica a conflictos que estaban teniendo lugar y a los que se intentó administrar algunas de las conclusiones extraídas de los trabajos teóricos. Una de ellas se refería, precisamente, al propio concepto de paz, que ya no era vista como una mera ausencia de violencia directa, sino un estado en el que primaba la justicia social, el respeto a los derechos humanos o la sostenibilidad del medio ambiente.

Para ello, la investigación sobre Paz y Conflictos se dividió en distintas parcelas de estudios, entre las que destacaban las dedicadas a la resolución de conflictos y construcción de paz, política económica global, derechos humanos, educación para la paz, o la que aquí nos ocupa, el periodismo de paz.

Ahora bien, ¿qué es y en qué consiste el periodismo de paz? Quizás quienes mejor lo han expresado son Annabel McGoldrick y Jake Lynch, reconocidos periodistas de profesión que desde hace una década han desarrollado el concepto desde una dinámica puramente práctica:

"Hablamos de Periodismo de Paz cuando editores y periodistas toman decisiones que crean oportunidades para la sociedad en su conjunto al considerar y valorar respuestas no violentas a un conflicto. Este utiliza las ideas de la transformación y análisis de los conflictos para actualizar los conceptos de equilibrio, justicia y veracidad en la difusión de noticias. Provee de una nueva ruta trazando las conexiones entre periodistas, sus fuentes, las historias que cubren y las consecuencias de su intervención. Y cimienta la conciencia de la no-violencia y la creatividad en el desempeño de su labor profesional diaria". (2005: Introducción)

En definitiva, el Periodismo de Paz podría ser concebido como una herramienta conceptual orientada a la práctica que ofrece a la ciudadanía un servicio público acorde con la responsabilidad que detentan los medios de comunicación en la defensa de la paz y los derechos humanos. Mientras que el denominado 'periodismo de guerra' (el desplegado mayoritariamente a lo largo de la historia) sitúa la paz

como una consecuencia posterior a la victoria de una de las partes del conflicto y el consecuente alto el fuego establecido con el derrotado, en el periodismo de paz se fomenta la creatividad y la no violencia para hallar soluciones al conflicto, para buscar un equilibrio dinámico basado en la cooperación y la gestión racional de los hechos.

De acuerdo con la terminología de Galtung (1998), existen dos vías para afrontar el conflicto informativamente; por un lado, el camino bajo (low road), que sería el dominante en los medios de comunicación y por el cual el conflicto es concebido desde una perspectiva de suma cero en la que los combatientes se enfrentan en una batalla en pos de una serie de objetivos. En esta vía la actividad informativa adopta las formas propias del periodismo deportivo o el de tribunales, teñidas de un halo épico en torno a la violencia, el sacrificio o la muerte. Por otro lado, hallamos la camino alto o carretera (high road), cuya orientación es la transformación del conflicto a partir de la contextualización pertinente de los hechos, la caracterización profunda de los actores y el énfasis en la resolución pacífica en lugar de en la violencia para evitar la escalada de presión adherida a todo conflicto.

En la siguiente tabla elaborada a partir del método de Galtung para la resolución de conflictos (1999), se ilustra claramente las diferencias entre el denominado Periodismo de Paz y el periodismo centrado en la dimensión violenta de los conflictos.

Periodismo de Paz→Conflictos	Periodismo de Guerra→Violencia
<p>I. Orientación pacífica</p> <ul style="list-style-type: none">- Explorar la génesis del conflicto, analizar los actores y sus objetivos. Orientación cooperativa- Espacio abierto. Causas y consecuencias, estudio de la historia. Hacer los conflictos transparentes.- Dar voz a todos los actores; empatía, comprensión. Ver la guerra como un problema para el que se busca soluciones creativas.- Humanización de los dos bandos- Actitud proactiva: prevención antes de que la violencia se desate.- Enfocado a los efectos invisibles de la violencia (traumas, daños estructurales)	<p>I. Orientación a la guerra/violencia</p> <ul style="list-style-type: none">- Enfocada al conflicto; dos bandos y un objetivo. Orientación de suma cero- Espacio cerrado. Las causas sólo se buscan en el escenario del conflicto; quién tiró la primera piedra. Hacer las guerras opaca- Periodismo de 'Nosotros' y 'Ellos'- Ver a 'Ellos' como el problema. Deshumanización.- Actitud reactiva. Se esperan los actos violentos antes de la cobertura.- Enfocado sólo a los efectos visibles de la violencia (muertos, heridos, destrucción)

II. Orientación a la verdad Exposición de las falacias de sendos bandos	II. Orientación propagandística Exposición de las falacias de 'Ellos'
III. Orientación a las personas Se destaca el sufrimiento de todos; mujeres, niños, los sin voz.. Se le pone nombre a todos los malhechores Se concentra en todas las personas que contribuyan a la construcción de paz	III. Orientación a las élites Se destaca el sufrimiento del 'Nosotros' Se le pone nombre sólo a los malhechores enemigos Se concentra en los constructores de paz de las élites
IV. Orientación a las soluciones Paz= No violencia + Creatividad Se destacan las iniciativas de paz, también para prevenir más guerras. Se enfoca a la estructura, la cultura y la sociedad pacífica Resultados: resolución, reconstrucción y reconciliación	IV. Orientación a la victoria Paz= Victoria+ Alto el fuego Ocultación de las iniciativas de paz antes de que la victoria esté alcanzada Se enfoca a los tratados, las instituciones y a la sociedad controlada Se abandona por otra guerra y si se recrudece se regresa.

Galtung establece cuatro grandes bloques que distinguen sendas prácticas y que se corresponden con sus respectivas orientaciones. De este modo, mientras el periodismo de paz establece como objetivo la consecución de fines pacíficos, para lo que desarrolla una actitud proactiva basada en la narración ecuánime de los hechos, en una cobertura sensible a las percepciones de todos los implicados y destinada a la búsqueda de soluciones al conflicto, el periodismo tradicional o de guerra se centra de forma casi exclusiva en la violencia y sus efectos, adoptando una posición partidista a partir de la que contribuye a la radicalización del conflicto. Este será traducido en una suerte de competición donde lo importante es alzarse con la victoria frente al enemigo en una operación de reafirmación identitaria en la que las élites acaparan todo el protagonismo.

De acuerdo a esta última manifestación del periodismo de guerra, "matar al enemigo se convierte en algo más fácil pues las personas se conciben a ellas mismas como parte de una identidad singular y a los otros como parte de otra identidad particular" (Hamelink, 2011:53). De esta confrontación precisamente surgen buena parte de los conflictos bélicos internacionales, de esa ilusión de identidad única y sin elección que apuntaba también Amartya Sen (2006). La tarea

del periodismo de paz es, por lo tanto, combatir esa visión sesgada del otro de manera que se reconozca sus razones, su sufrimiento y su dignidad. Para ello, es preciso evitar las distinciones entre dos bandos, un 'ellos' y un 'nosotros' a los que se adhieren características desproporcionadas o falsas con la finalidad de presentar un escenario que nos conduce inequívocamente a la violencia.

La terminología funciona también de un modo interesado en la configuración simbólica del enemigo, creando una atmósfera conceptual unívoca que busca legitimar conductas que, en condiciones normales, no serían admitidas. Al fin y al cabo, tal y como señala Tapio Varis, "la guerra no es fácil de vender. No se puede llamar guerra a la guerra. Para ello se utilizan las palabras 'gancho' (guerra de las galaxias, guerra preventiva), que disfrazan la muerte y otros fenómenos desagradables mediante el uso de eufemismos edulcorados (1986:132).

El periodismo de paz debe, así pues, eludir los mecanismos tradicionales de dicotomización utilizados por los medios de comunicación para presentar al enemigo como un trasunto del mismo demonio y manipular las conciencias de los ciudadanos con fines abusivos. Para alcanzar este objetivo en la práctica, Lynch y McGoldrick proponen una serie de ejercicios opuestos a las prácticas habituales para guiar a los periodistas a la hora de confeccionar sus noticias o artículos:

- En lugar de presentar el conflicto como una disputa entre dos partes con una misma meta, aconsejan desagregar estos en pequeños grupos determinados por distintos propósitos.
- En lugar de cubrir el conflicto como si este fuese un acontecimiento temporal y espacialmente cerrado, cabe cuestionarse sobre los efectos del mismo no sólo a corto plazo, sino en el futuro de las personas implicadas.
- En lugar de contabilizar las acciones violentas como meros hitos negativos o positivos (en el caso de que sean las 'nuestras'), conviene tratar los efectos menos evidentes de estas, como los daños psicológicos padecidos por la población o las repercusiones en el desarrollo de las familias de la región.
- En lugar de definir al enemigo a partir de las actitudes o discursos de sus líderes, cabe dar voz a sus gentes analizando sus deficiencias y

propósitos, y dotándoles de una relevancia que les permita ejercer su rol como mediadores en el conflicto.

- En lugar de dar cuenta exclusivamente del sufrimiento y el horror experimentado por una de las partes, conviene dar valor informativo a la cobertura de todos los hechos y tragedias, independientemente de quién sea la víctima.
- En lugar de utilizar términos de gran resonancia emocional para expresar las consecuencias de una determinada acción violenta como 'genocidio', 'masacre' o 'limpieza étnica', se debe ser preciso en la narración sobre aquello que se conoce, sin caer en un sensacionalismo dramático tendente a alertar o producir una commoción en el lector o espectador.

En resumen, se trata de ofrecer un enfoque de paz, una cobertura informativa equilibrada de los distintos bandos en conflicto mediante la que se provea de un contexto más amplio en el que se analicen las raíces de la disputa y se clarifiquen los propósitos y demandas que vertebran las acciones desde uno y otro lado. Todo ello manteniendo una distancia prudencial con los estamentos militares u otras instituciones interesadas en ofrecer una visión parcial de los hechos e instrumentalizar a los medios como canales privilegiados de una versión oficial mediante la cual se pretenda demonizar al enemigo y suscitar un sentimiento de odio en la ciudadanía frente a este. El principal objetivo del periodismo de paz es desembarazarse de la tradicional retórica de la violencia manifestada por los medios, desde una actitud constructiva aplicada a dos niveles en el desarrollo del proceso informativo; por un lado, en la selección de los hechos, de manera que también sean incluidos acontecimientos pacíficos o tendentes a la consecución de un estado de paz, y por otro, en la narración de estos, adoptando algunas de las estrategias apuntadas anteriormente con el fin de evitar un maniqueísmo mediático destinado a presentar un escenario unívoco y dual donde la guerra es una consecuencia necesaria.

Esto nos introduce en un debate epistemológico en torno a la verdadera naturaleza del periodismo como profesión y su actitud frente a los conflictos. Algunos teóricos como Kempf (2002) tienden a relacionar el periodismo de paz con los valores tradicionales del denominado 'buen periodismo', aquel por el que la responsabilidad social de los medios de comunicación insta a una cobertura de los hechos respetuosa y equilibrada que promueva la formación de la opinión pública. En definitiva, un periodismo al servicio del ciudadano y no al de intereses corporativos o políticos.

En virtud a estas características definitorias, la información suministrada por los medios debe estar orientada a la deconstrucción de los discursos violentos vertidos por distintos estamentos en dos procesos consecutivos; por un lado, mediante una cobertura destinada a rebajar la tensión del conflicto, consistente en una posición objetiva y distante del periodista frente a las partes a partir de la que analizar en profundidad las diferentes dimensiones del conflicto; y por otro, a través de una cobertura orientada a la búsqueda de soluciones.

Es decir, Kempf, al igual que otros investigadores como Luostarinen (2002), no conceptualiza el periodismo de paz como una nueva disciplina destinada a desarticular el discurso propagandístico y violento de los medios de comunicación, sino como un conjunto de códigos de conducta presentes en la propia definición de la profesión, del periodismo de excelencia, que deben ser desterrados del ostracismo impuesto por el actual panorama mediático. Se opone, así pues, a la perspectiva teórico-práctica que reclama un rol intervencionista del periodismo mediante el que se promueva de forma activa la paz.

Entre otros investigadores, el politólogo alemán Jorg Becker (2002) ha señalado la obligación política de los medios de reivindicar la paz como objetivo último de su cobertura informativa. Ya no se trata de narrar los hechos tal y como son desde una postura aparentemente neutral y desapasionada ante los conflictos, sino de crear una realidad que posibilite un cambio social tendente a una situación pacífica. Al igual que este, Martin Bell ya apuntaba algunos años antes (1997) la pertinencia de un periodismo comprometido en el que no se podía permanecer equidistante frente a lo correcto y lo erróneo, las víctimas y los opresores. El periodista, por tanto, adquiría un papel destacado en el desarrollo de un conflicto determinado erigiéndose como una suerte de juez que canalizaba la opinión pública hacia posiciones que, a su juicio, representasen los valores de la paz.

Incluso se ha llegado a plantear la posibilidad de ligar el periodismo de paz con otro ámbito de la comunicación como es el de las relaciones públicas, a pesar de que este, por definición, responda ante causas particulares: "Las relaciones públicas en favor de la paz (*Peace Public Relations*) pueden desarrollar efectivamente todo su potencial público si el mensaje comunicado se encuentra en consonancia con los valores e imperativos de aquellos que producen las noticias" (Spencer, 2003: 64). Es decir, la información se pone al servicio de una causa superior para la que se conjugan técnicas cercanas a la publicidad y a la comunicación empresarial junto a las propias del periodismo.

El periodismo de paz sería, así pues, un híbrido entre los preceptos profesionales tales como la objetividad, la neutralidad o la veracidad, y el propósito externo de consecución de paz, que lo acercaría al terreno de las relaciones públicas o de acción social. "Este se entiende a sí mismo con un modelo normativo de cobertura responsable y consciente de conflictos cuya meta es contribuir al mantenimiento de la paz, la resolución de conflictos, y el cambio de actitudes de los propietarios de los medios, los anunciantes, los profesionales y las audiencias hacia la guerra y la paz" (Shinar, 2007, 2). Por otro lado, la profesora Nicolás (2011) conceptualiza el periodismo de paz desde una doble vertiente a la luz de la teoría del *framing*; por un lado, como un conjunto de herramientas profesionales destinadas a elaborar contenidos de acuerdo a un determinado enfoque, y por otro el tipo de enfoque particular de los valores de paz.

Críticas al periodismo de paz

Naturalmente, esta visión 'radical' del periodismo como agente de paz ha suscitado muchas críticas tanto en el ámbito profesional como en el teórico, ya que el establecimiento de quién es el malvado (o malvados) de una contienda o la dirección idónea del cambio social perseguido no puede estar sujeto a las percepciones particulares de un periodista o un medio de comunicación. De hecho, esta ha sido una de las causas de tendenciosidad manifestada en las coberturas informativas de conflictos, donde la paz siempre es destacada como la razón de ser de las acciones violentas de uno y otro bando. Por otro lado, la combinación del periodismo de paz con la esfera de las relaciones públicas puede dar lugar a prácticas sesgadas que instituyan una nueva modalidad de propaganda, esta vez de paz, que se aleje de las funciones de la profesión.

Además, uno de los puntos comunes de las dos perspectivas mencionadas, es que se dirigen a los periodistas como individuos, obviando así las limitaciones estructurales que encorsetan su capacidad y rigor informativos. Liz Fawcett se refiere a este asunto cuando asevera que "en el intento de encontrar vías para animar a los periódicos a promover una perspectiva positiva que supere la de suma cero en los conflictos, sería necesario apelar al poder de esas estructuras discursivas, así como al de las culturas política y profesional en las que los periodistas operan" (2002:221). Entre otras razones porque son estas estructuras las que dan forma y construyen las formas en las que los medios informan de los conflictos. Wolfsfeld se refiere a esta incompatibilidad del siguiente modo:

"Hay una contradicción inherente entre la lógica del proceso de paz y las demandas profesionales de los periodistas. Un proceso de paz es complicado; los periodistas exigen simplicidad. Un proceso de paz lleva tiempo para desarrollarse; los periodistas necesitan resultados inmediatos. La mayoría de los procesos de paz están marcados por el aburrimiento y las negociaciones tediosas, mientras que los periodistas precisan del drama. Un proceso de paz exitoso se traduce en una reducción de las tensiones, los periodistas se enfocan en los conflictos. Muchos de los avances significativos en un proceso de paz tienen lugar en secreto y a puerta cerrada; los periodistas demandan información y acción. (Wolfsfeld, 1997: 67)

La mayor parte de las críticas recibidas por el periodismo de paz han estado vertebradas en torno a la ideología profesional del periodismo, es decir, aquella por la que se consideran los valores de la objetividad y la neutralidad como axiomas irrenunciables del desempeño de la labor del informador. Por tanto, la demanda de algunos periodistas e investigadores de adoptar un rol más activo de la profesión en la promoción y defensa de los valores de paz es vista como una incursión injustificada en la independencia y ecuanimidad que, a priori, debe regir el trabajo del periodista, concebido como un mediador entre los hechos y la ciudadanía.

En este sentido, el periodista de la BBC David Loyn (2003) lo expresa de forma contundente; "nuestra tarea es siempre averiguar qué es lo que está ocurriendo. Si existe una resolución del conflicto nosotros informamos de ella en su contexto, pero no nos comprometemos con esta [...] Una vez que dejemos de perseguir la verdad, estaremos perdidos en un zona de relativismo moral en la que se vea amenazado el propio negocio de narrar las noticias". Loyn concluye que hacer la paz no es el rol del periodismo (2007), posición compartida por Kemp y Jaeger (2005) cuando aseveran que no puede ser la función del periodismo mediar entre las partes en conflicto, sentarse en la mesa de negociaciones con ellos y moderar en sus disputas.

Las distintas modalidades del periodismo de paz

No obstante y a pesar de lo apuntado anteriormente, las críticas al periodismo de paz no cuentan con una base homogénea ya que el propio concepto del *peace journalism* ha sido sujeto de numerosas interpretaciones, definiciones terminológicas y variaciones en sus planteamientos. Incluso el nombre elegido para designar esta práctica periodística ofrece multitud de alternativas; periodismo ético, reflexivo, holístico, de soluciones, postrealista, etc., aunque en el fondo cuenten como preceptos similares.

Una de las modalidades más extendidas es la de periodismo comprometido, ya que se insta al profesional de la información a adoptar un rol activo en la promoción de la paz en virtud a la responsabilidad que ejerce frente a la ciudadanía. No obstante, este compromiso puede llegar a ser malinterpretado y, en lugar de obedecer a un auténtico propósito pacífico, servir como excusa para defender una posición determinada utilizando la influencia con la que dota el medio de comunicación al periodista. Es decir, valores como la objetividad, la neutralidad o la veracidad son eludidos en favor de una respuesta más emocional y asertiva a los acontecimientos en la que se produce la identificación del periodista con una causa concreta. Por ejemplo, la actitud beligerante de muchos periodistas norteamericanos tras los atentados terroristas del 11 de Septiembre, mediante la que se exigía al gobierno una respuesta contundente contra Al Qaeda, podría ser englobado en el denominado periodismo comprometido, aunque difícilmente puede ser entendido como periodismo de paz, por razones evidentes.

En una línea similar el periodismo de paz, el *periodismo sensible a los conflictos* (*conflict sensitive journalism*) propugna una serie de roles tendentes a hacer al periodista "profesionalmente eficaz y más consciente a nivel individual" (Howard, 2003: 6). Algunos de estos son la vertiente educativa de toda cobertura, la construcción de confianza, la dotación de soluciones, la humanización de los bandos o el análisis de intereses ocultos. Todos ellos elementos de un proceso orientado a la configuración de un contexto propicio para la resolución de todo tipo de conflictos.

Otro de los tipos derivados de la matriz instaurada por Johan Galtung en la década de los 70 es el periodismo de derechos humanos. Este ha sido conceptualizado como una práctica normativa periodística basada en el respeto a la dignidad humana como vector principal de toda cobertura informativa, mediante la cual se persigue una actitud pro activa del periodista en la promoción y defensa de los derechos de las personas en el marco de una sociedad civil global. Una práctica que, además, revierta el fracaso de los medios de comunicación de masas en la instauración de un cosmopolitismo de los derechos humanos, derivado de la identificación de estos con civilizaciones particulares. Tal y como lo concreta una de sus más importantes investigadores, Ibrahim Seaga Shaw;

"El periodismo de derechos humanos es definido como un estilo informativo en el que se aporta una reflexión crítica sobre las necesidades y experiencias de las víctimas y perpetradores de violaciones de derechos humanos de todos los tipos con el objeto de estimular la comprensión de las

razones de esas violaciones y para prevenir y resolverlas de modo que no se vuelvan a producir más en el futuro (2011: 46)"

El *periodismo cívico* también ha sido visto por muchos como una posible salida a la cobertura tradicional de los medios de comunicación de masas, en la medida que se pretende incluir a la ciudadanía en la conformación de la agenda informativa y en la búsqueda de soluciones para los problemas de la sociedad, contrarrestando así la preponderancia de las estructuras de comunicación a la hora de imponer una determinada visión de la realidad.

Por último, el *periodismo preventivo* ha surgido como una disciplina que, de forma irónica, se opone a prácticas políticas vertebradas en torno a elementos propagandísticos como la denominada *guerra preventiva*. Javier Bernabé Fraguas lo define así:

"El periodismo preventivo pretende ser una disciplina o corriente periodística cuya intención es dotar a las diversas opiniones públicas nacionales o internacionales de elementos informativos que sean útiles para comprender el origen, desarrollo y finalización de las situaciones clave, destacando los esfuerzos para su resolución, haciendo visibles aspectos que permitan la prevención de situaciones con características similares en un momento posterior, a partir de la información realizada antes, durante y después del acontecimiento". (2007: 29)

Dimensiones prácticas del periodismo de paz

A pesar de las distintas formulaciones a las que puede estar sujeto, el periodismo de paz halla una base epistemológica común en base a una serie de objetivos de cambio en la cobertura informativa. Shinar (2004) los resume en los siguientes cuatro puntos:

- Adaptar los valores y prácticas de los medios a las realidades actuales, en las que el elevado estatus adquirido por los medios en las relaciones internacionales pueda ser usado para superar las actitudes negativas relacionadas con la paz y las técnicas heredadas de la Guerra Fría en la cobertura de la paz.
- Incrementar el valor de la cobertura de paz en el marco mediático, en lugar de realizar esfuerzos misioneros para cambiar las estructuras orientadas a la guerra los medios de comunicación y los códigos de conducta profesionales.

- La elaboración de políticas profesionales bien definidas, cuya ejecución adecuada podría reducir en los medios de auto-manipulación y las presiones externas.
- Crear y *comercializar* un discurso mediático de la paz compuesto por valores noticiales pertinentes basado en la aplicación apropiada de los resultados obtenidos por una investigación innovadora en este ámbito. (2004:7)

A partir de este marco epistemológico orientado a la consecución de un cambio real y susceptible en la cobertura mediática de los conflictos, los consejos y guías para los periodistas se concretan en las acciones desempeñadas en su ejercicio diario de la profesión. Jake Lynch (2007), como periodista y referente académico del Periodismo de Paz, ha sabido sintetizar muchas de estas demandas en una serie de líneas clave irrenunciables a la hora de cubrir un determinado acontecimiento bélico o violento.

Fundamentalmente, son cuatro los ejes prácticos sobre los que gira el denominado periodismo de paz: en primer lugar se precisa llevar a cabo una aproximación analítica de los hechos en la cual se identifiquen los actores involucrados, los objetivos que los inspiran, las necesidades que los aquejan y las características que los definen. En segundo lugar, resulta pertinente otorgar una visibilidad equilibrada a todos los bandos en disputa, de manera que no se fomente una visión maniquea del conflicto basada en prejuicios y descripciones apresuradas. Posteriormente, la recolección de la información no puede estar sujeta exclusivamente a la dependencia de fuentes oficiales, sino que es preciso acudir a otros actores implicados que aporten perspectivas diferentes. Y por último, atender a todas las iniciativas que puedan ser susceptibles de construir paz en el contexto del conflicto, arrumbando así el tradicional escepticismo de los medios de comunicación a la hora de informar sobre este tipo de señales o planes tendentes a la remisión de la violencia.

Ahora bien, confeccionar un curso teórico-práctico paso a paso sobre periodismo de paz que pretenda hacer reflexionar a la profesión acerca de la necesidad de adoptar una perspectiva más amplia en la cobertura informativa de todo tipo de conflictos, no es lo mismo que llevar a cabo todos esos preceptos a la realidad de las salas de redacción. De hecho, algunos periodistas y teóricos han criticado la ingenuidad de unas propuestas que tienden a obviar las presiones estructurales de los profesionales de la información y que consideran inviables en el actual panorama mediático. No obstante, las

iniciativas destinadas a poner en marcha prácticas cercanas al periodismo de paz se han sucedido en las últimas décadas y suponen un interesante objeto de estudio para el desarrollo de la disciplina y su aplicación a gran escala.

Una de las organizaciones internacionales que han trabajado con mayor empeño en la utilización del periodismo como una herramienta de transformación de los conflictos es Search for Common Ground (SFCG), una ONG fundada en 1982 a partir de donaciones gubernamentales, fundaciones, empresas e individuos entre cuyos objetivos y propósitos se encuentran los siguientes:

“Transformar el modo en el que el mundo afronta los conflictos, distanciándose de aproximaciones maniqueas y hacia una resolución cooperativa de los problemas. Nosotros usamos una perspectiva multifacética, empleando iniciativas mediáticas y trabajando con socios locales, gobiernos y la sociedad civil para hallar los significados culturales apropiados para fortalecer la capacidad de las sociedades para acercarse a los conflictos de forma constructiva, para comprender las diferencias y actuar a partir de los elementos comunes”³.

La premisa de la que parte SFCG es que los medios de comunicación no pueden permanecer neutrales cuando tratan aspectos tan sensibles como los conflictos, especialmente cuando son violentos, ya que, a pesar de guarecerse bajo los valores profesionales de la objetividad o la veracidad, su impacto en las audiencias y en el contexto en el que se desarrollan los actos es indudable, por ello la pertinencia de un uso consciente de su poder orientado hacia la construcción de paz y la búsqueda del entendimiento mutuo de los contendientes. Para ello, esta ONG implementa distintas líneas de acción (2002) que incluye encuentros y proyectos comunes entre periodistas y propietarios de medios en zonas de alta conflictividad, producción de contenidos audiovisuales, confección de periódicos, organización de actividades, etc.

Todas estas ideas aportadas por SFCG no han quedado ajenas a la práctica y han sido aplicadas en diferentes lugares del mundo con un éxito reseñable. A continuación, mencionaremos algunas de estas iniciativas:

- Ante la profunda división étnica experimentada tras el genocidio de Ruanda de 1994 entre hutus y tutsis, se hizo pertinente la puesta en marcha de un proceso de reconciliación no sólo en el país donde tuvo lugar la tragedia, sino en las naciones vecinas donde esa diversidad étnica también estaba

³ Disponible en su página web: http://www.sfcg.org/sfcg/sfcg_home.html

presente, como es el caso de Burundi. Para ello, SFCG puso en marcha en este país un estudio de producción radiofónica a través del que se ofrecían contenidos para el resto de emisoras que giraban en torno a la búsqueda de valores y experiencias comunes entre hutus y tutsis.

- Las tensiones suscitadas desde hace largo tiempo entre Grecia y Turquía sirvieron a esta ONG para organizar encuentros entre periodistas de sendos países en los que se favoreciera el conocimiento del otro y la consecuente humanización del enemigo, tradicionalmente sujeto a una serie de estereotipos que poco o nada tienen que ver con la realidad. A partir de estos encuentros, se pusieron en marcha un conjunto de documentales donde se enfatizaban los elementos culturales comunes o la historia de cooperación entre ambos pueblos
- Uno de los proyectos más exitosos tuvo su escenario en Macedonia, donde en 1993 se decidió conformar un equipo periodístico conformado por miembros de las etnias albanesa, macedonia, turca y gitana con el objeto de crear contenidos que pudieran ser difundidos por los periódicos correspondientes a estos grupos, de manera que la información no se viese contaminada por las visiones parciales de los medios.
- En Sierra Leona, el escenario surgido tras la guerra civil hizo necesario el desarrollo de medidas de reconciliación puestas en marcha a través de la radio, ya que es el medio de comunicación más accesible entre la población del país africano. El objetivo era rebajar la tensión social y suscitar un diálogo abierto entre los antiguos bandos del conflicto, favoreciendo además el desarme de los grupos beligerantes y la liberación de un gran número de niños-soldado.
- SFCG también cuenta con una base permanente en Jerusalén, donde llevan a cabo numerosas actividades mediáticas orientadas a la cooperación entre palestinos e israelíes. Entre ellas, produce, en colaboración con productoras de la región, la serie futbolística *The Team* o el docudrama *Shape of the future*. Asimismo, se han desarrollado talleres formativos para periodistas que pretenden constituirse como un foro de intercambio de ideas y experiencias entre profesionales de uno y otro bando para suscitar un entendimiento común.

Este tipo de iniciativas no sólo han sido llevadas a cabo por SFCG, sino que existe un extenso repertorio de organizaciones internacionales y regionales enfocadas a la promoción de la libertad de prensa y el periodismo de paz. Entre ellas,

el Institute for Media, Policy and Civil Society (IMPACS) de Vancouver, el Media Action International, la Alianza para la Comunicación de Paz, la Reseau Liberte de Canadá, el Open Society Institute o Medios para la Paz.

Más allá de la acción de estas ONG internacionales, se han analizado otros casos particulares donde son los propios medios de comunicación independientes los que lideran una versión cada vez más cercana de lo que instituye el periodismo de paz. Linda Nassanga (2007) examinó las virtudes y debilidades de la prensa del norte de Uganda, país centroafricano con conflictos internos desde 1986, hasta llegar a la conclusión de que los periódicos del país, fundamentalmente los ajenos al gobierno, habían favorecido a la toma de conciencia de la población sobre la guerra, aunque asimismo diagnosticaba ciertas deficiencias estructurales como la autocensura o la dependencia de fuentes oficiales.

También en África, el investigador en comunicación zambiano Jackson Banda, ha reivindicado el periodismo de paz desde una perspectiva descolonizadora en la que, además, reclama su integración en el currículum formativo de los periodistas de manera que estos sean dotados con “las ideas existenciales y constructivistas que los conduzcan a la percepción de por qué la autonomía periodística debe estar dirigida hacia la construcción de paz” (Banda 2008, p. 50.). Aunque sus preceptos no se han llegado a implementar de forma generalizada, en África se han reproducido pequeños medios orientados a la construcción de paz en el seno de sus comunidades. En el sur del Chad, por ejemplo, donde los conflictos entre nómadas y pastores son habituales, la acción de una radio comunitaria ha supuesto un elemento central para la convivencia y la puesta en común de pareceres entre sendos sectores sociales.

En un contexto aún más complejo, el grupo de comunicación independiente HornAfrik se ha erigido como la iniciativa mediática de paz más importante de Somalia, un país fallido dividido en varias zonas y con uno de los mayores índices de violencia del mundo. Lo que se inició en 1999 como una emisora de radio, es hoy día también un canal de televisión y una página web (hornafrik.com), donde se lleva a cabo un periodismo opuesto al tradicional discurso de confrontación del resto de medios del país. De hecho, la valentía de HornAfrik se ha traducido trágicamente en el asesinato de uno de sus fundadores y dos periodistas en los años 2007 y 2009. Con todo, HornAfrik fue el primer medio de comunicación en investigar y cubrir la violación de los derechos humanos en Somalia, además de facilitar el diálogo entre las partes del conflicto.

Por otro lado, cabe reseñar la labor desempeñada por 'Reporting the World', un foro internacional que se define a sí mismo como lo más cercano a un *think tank* del periodismo. Y en concreto, al periodismo de paz, ya que entre sus fundadores se halla el propio Jake Lynch o Annabel McGoldrick. Su función ha estado encaminada desde 2001 a analizar la cobertura informativa de distintos conflictos a partir de encuentros entre periodistas, académicos y miembros de ONG, donde debatir las perspectivas adoptadas por los medios en relación al periodismo de paz.

Dentro del marco de 'Reporting the World', se han desarrollado cumbres sobre el conflicto palestino-israelí, la guerra de Kosovo, la guerra contra el terror emprendida por Estados Unidos o el propio conflicto iraquí. No obstante, en estos encuentros se vuelve a incidir en la carencia de perspectivas de paz en la cobertura informativa de los medios de comunicación internacionales y nacionales, por lo que su impacto real en la adopción de nuevas medidas que palíen estas deficiencias son limitadas.

De hecho, todos los casos apuntados anteriormente obedecen o bien a iniciativas admirables aunque con un ámbito de acción muy restringido, fundamentalmente lideradas por pequeños grupos de personas como hemos visto en África, o bien a campañas mediáticas lideradas por ONG internacionales donde se mezclan el trabajo tradicional de este tipo de instituciones con la labor de periodistas profesionales, dando lugar a un conjunto de actividades que, si bien orientadas al beneficio de la comunidad, no cubren las necesidades estructurales de un sector, el periodístico, que debería ser autónomo en el desarrollo de una cobertura informativa equilibrada y marcada por los valores del periodismo de paz.

De igual forma, hay que tener en cuenta que, tal y como aseveraba Tapio Varis, "los movimientos de paz y sus expertos pueden ser usados en los medios para añadir matices de color a las negociaciones, pero no están habilitados para definir asuntos sustanciales a debate" (Varis, 1983; 62)

Paralelamente, conviene reseñar que estas campañas se realizan principalmente en regiones subdesarrolladas o con un tejido sociopolítico y económico muy débiles. Es decir, nos hemos referido a algunos países africanos, asiáticos e incluso de la Europa del Este, sin embargo, el impacto de las acciones de una ONG como Search for Common Ground es mucho más limitado en una nación como Estados Unidos, donde la industria de la comunicación permanecerá ajena a cualquier tipo de implicación externa, aunque sus propósitos sean legítimos.

Así pues, hallamos dos grandes obstáculos en la extensión del periodismo de paz como un práctica profesional susceptible de llevarse a cabo; por un lado, es perceptible la complejidad de penetrar en el abigarrado sistema informativo internacional controlado por las grandes empresas transnacionales de capital occidental, quienes tienden a destacar su libertad e independencia a la hora de cubrir los acontecimientos atrincherándose tras el principio de la objetividad periodística; y por otro la confusión conceptual y práctica en torno al periodismo de paz derivada de la implicación de ONG que tratan el periodismo como un ámbito más de las misiones humanitarias desarrolladas para la consecución de la paz y el desarrollo de determinadas sociedades

El periodismo como una fuerza de paz

La concepción del periodismo como una herramienta idónea para la transmisión de una serie de valores vinculados con la convivencia pacífica de las comunidades humanas en contraposición a los discursos mediáticos tradicionales orientados a la confrontación y a la violencia, ha desembocado en un debate donde algunos teóricos y periodistas sugieren no sólo la puesta en práctica de un periodismo más equilibrado y humano, sino su instrumentalización para la consecución de una serie de fines, como la construcción de paz o la resolución de conflictos, de manera que este se interne en la dimensión de otras instituciones sociales como las ONG.

Como apunta Ross Howard, “los medios de comunicación se convierten en facilitadores de un cambio social positivo más que en observadores profesionales y desinteresados, [...] Son los protectores de la democracia, ejercen de guardianes de los líderes y oficiales militares y los hace responsables. Su presencia es esencial en el funcionamiento de otros actores de la sociedad civil (2002: 4). En resumen, la tesis de Howard y de la institución para la que escribe, concretamente la antes citada IMPACS, es la negación del rol aparentemente neutral y desapasionado de los periodistas ante los conflictos y la necesidad de que adopten un nuevo rol como constructores de paz.

De hecho, este rol ya aparecía en el artículo 3 de la declaración de la UNESCO de 1978 sobre medios de comunicación: “Los medios de comunicación de masas deben desempeñar una contribución vital en la consolidación de la paz y el entendimiento internacional y en la lucha contra el racismo, el apartheid y la guerra”⁴. Dichos principios se repiten en la mayor parte de los códigos éticos de las asociaciones de periodistas a nivel internacional y nacional, particularmente entre los

4 Declaración disponible en la siguiente dirección web: <http://www.rjionline.org/MAS-Codes-International-UNESCO-Mass-Media>

países europeos (Nordenstreng, 1995), un hecho que no ha impedido la indiferencia de los medios de comunicación ante los mismos.

Como también señala Jorg Becker desde una perspectiva más apegada a la realidad, “los medios no pueden ni iniciar la guerra ni concluirla. Pero pueden intervenir positivamente en los procesos de cambio social. El impacto de los medios de comunicación en la prevención de crisis estructurales y la resolución de conflictos requiere de seguridad institucional, de la posibilidad de informar con diversidad y pluralismo, de una ley de medios como marco de un estado basado en el imperio de la ley, y de códigos éticos para periodistas que los insten a actuar de forma responsable a un nivel individual” (2004: 13)

Lo que se pretende, así pues, desde algunos sectores del periodismo de paz es la constitución de un nuevo paradigma por el que los medios trabajen, junto a ONG, gobiernos e instituciones internacionales, en la prevención, gestión y resolución de conflictos. Y como señala Mariano Aguirre, “para desarrollar el periodismo preventivo o periodismo de alarma temprana es necesario que los medios muestren una flexibilidad renovada para hacer frente a las situaciones cambiantes, desplegando nuevos modos de obtener la información y estrategias de difusión que eluden los cortocircuitos de la cobertura tradicional” (2011:18).

Así pues, mientras que la acción de los medios internacionales estaría orientada a presionar a las instituciones globales y a la sociedad civil en su conjunto con el objeto de que estas posibiliten un cambio real en la situación de determinados países o regiones, aquellos otros medios de alcance nacional o local estarían más ligados a la aplicación sobre el terreno de las herramientas susceptibles de construir paz.

En cierto modo, se propone aunar esfuerzos, por un lado, con numerosas ONG internacionales como Human Rights Watch, dedicadas a la vigilancia de los derechos humanos en el mundo desde una perspectiva cercana a un periodismo de alarma temprana que advierta a las organizaciones internacionales de posibles violaciones, de manera que los medios devinieran en una suerte de terminales operativas de estas; y por otro lado, con otras ONG que trabajen a un nivel más local en la promoción de la paz, el desarrollo o el respeto a los derechos humanos, las cuales aprovecharían el impacto de los medios entre la población.

No obstante, la confusión entre las funciones de sendos actores puede dar lugar a situaciones contradictorias que perviertan el propio concepto del periodismo de paz. De hecho, este es un ámbito tímidamente explorado hasta entonces ante

las suspicacias de la estructura periodística para implicarse en actividades de este calibre por las que perdería la pretendida independencia que inspira su propia naturaleza. Regresaríamos, así pues, al debate acerca del periodismo de relaciones públicas al que hacíamos referencia más arriba, por el cual la labor informativa de los medios estaría supeditada a la consecución de un propósito y a la búsqueda de un impacto en las audiencias, aunque sea el de favorecer un cambio pacífico en la sociedad.

Por su parte, Jean Paul Marthoz se opone a esta atribución del rol misionero de los medios a partir de la siguiente argumentación:

“Las organizaciones de derechos humanos tienen que aceptar la autonomía del periodismo y entender que el rol de este no es ni la promoción de los derechos humanos ni la prevención de conflictos. Es la de cubrir los hechos, analizándolos y poniéndolos en un contexto que los haga relevantes y comprensibles. El rol de los medios es también presentar una diversidad real de opiniones que cubran el espectro completo de voces. En este contexto, ¿podemos oponer el periodismo de guerra y el periodismo de paz? Yo tan sólo diría que la línea divisoria es entre el buen y el mal periodismo”. (Marthoz, 2003:33)

Marthoz plasma en el párrafo anterior gran parte de la problemática derivada de la conceptualización del periodismo de paz. Algunos teóricos y periodistas, alarmados por el rol adoptado tradicionalmente por los medios de comunicación en la perpetuación de los conflictos y su escasa promoción de la paz como valor social colectivo y trascendental, han apostado por una nueva disciplina por la que el periodista se erija como un agente más de toda misión humanitaria o de paz y, por lo tanto, sustituya sus códigos profesionales por la defensa consciente de un sistema equilibrado y justo. No obstante, algunos otros reclaman que esa defensa debe llevarse a cabo desde esos valores profesionales, que son perfectamente válidos pero que por diferentes circunstancias no suelen ser aplicados en la práctica. Es decir, se reivindica el 'buen periodismo', imbuido de todos sus códigos deontológicos, frente al 'mal periodismo', contaminado de los sesgos impuestos por las estructuras empresariales y políticas.

El valor educativo del Periodismo de Paz

Con el desarrollo teórico del periodismo de paz, se ha producido asimismo un proceso paralelo de demanda de inclusión de esta disciplina en el currículum de los estudios universitarios de periodismo, de manera que los futuros profesionales de la información tengan la posibilidad de analizar el rol

desempeñado por los medios de comunicación en la cobertura de conflictos y las alternativas susceptibles de implementarse para llevarla a cabo de forma equilibrada y constructiva. Esta formación deberá ser complementada de igual modo por el estudio de las distintas modalidades del periodismo internacional, las estructuras que las sustentan, los contextos donde se desarrolla o las presiones recibidas por los propios periodistas, ya sean directas o indirectas, en el desempeño de su labor.

Al mismo tiempo que se produzca la introducción de esta materia entre las asignaturas de los alumnos, la cual proveería de un marco más amplio de comprensión además de la ocasión de contemplar asuntos trascendentales como el respeto a los derechos humanos, el periodismo de paz debe constituirse como un elemento fundamental en la investigación académica que supla de algún modo la carencia de un contexto veraz y fundamentado de los conflictos. Marthoz también se refiere a este asunto cuando establece:

“La comunidad académica puede proveer del *enlace perdido* en esta urgente necesidad de contexto. Los estudios que integran todos los factores de un conflicto e intentan ofrecer una interpretación más amplia que la aproximación meramente legal, pueden ser particularmente útil no sólo en la comprensión del contexto sino también en la elaboración de recomendaciones realistas y relevantes tanto en su relación con los políticos y actores internacionales como con aquellos sobre el terreno, teniendo en cuenta los factores culturales e históricos”. (2003: 32)

Se trata, así pues, de ofrecer claves científicas que sirvan como respaldo para la puesta en práctica de nuevas formas de ejercer el periodismo a partir de un análisis profundo de las circunstancias que rodean al acto de informar, desde el entorno donde se inscribe el periodista individual, hasta los límites de la empresa informativa, pasando por los obstáculos impuestos por los gobiernos en la difusión de hechos que los incumben. El investigador o académico en comunicación debe cubrir el amplio espectro de análisis y reflexión que queda desierto entre la actividad del periodista y la acción de las ONG que tratan la información que el anterior no ofrece. Ir más allá del mero relato de la instantaneidad y la proximidad y detectar las deficiencias de la cobertura que recibe el ciudadano, así como el modo de hacerlas revertir desde un punto de vista analítico y eficaz.

Al fin y al cabo, la investigación en periodismo de paz se encuentra aún en construcción y enzarzada en debates terminológicos y conceptuales sin gran validez práctica. Si bien es cierto que en la última década el interés por este ámbito se ha visto

incrementado, su inclusión en las esferas de vertebración de políticas es aún muy limitada. Instituciones supranacionales como la Unión Europea están dedicando una gran atención al estudio de los medios de comunicación en relación al desarrollo de los conflictos, sin embargo no se ha adoptado una perspectiva acorde a la postulada por el periodismo de paz para complementar otra línea de gran importancia como es la prevención de esos conflictos.

En el resto de centros de poder, existe un cierto temor a inmiscuirse en un terreno, el de la comunicación, dominado por grandes conglomerados transnacionales con evidentes lazos políticos que se aferran a la libertad de prensa como garante de una independencia que les permite perpetuar su hegemonía a nivel global. Y es que, si bien la teoría de la omnipotencia de los medios frente a las audiencias ha sido paulatinamente desterrada, el impacto es, no obstante, indudable a tenor del empeño de distintos grupos políticos y empresariales en aglutinar el mayor número posible de medios de comunicación. El periodismo es, al fin, un modo de conformación de la realidad y, por ende, su supeditación a los intereses de las élites supone una condición necesaria para la consecución de estos. Desafortunadamente, el periodismo de paz no es una práctica susceptible de lograr dichos propósitos, por lo que su aplicación a los medios internacionales de impacto global es muy limitada, algo que laстра el desarrollo de la disciplina también en los foros de decisión política.

Alfabetización mediática para la Cultura de Paz

Estrechamente ligada a los preceptos del periodismo de paz y su divulgación en el periodo formativo de los futuros periodistas, en los últimos años ha surgido una corriente a medio camino entre el ámbito de la investigación académica y la acción de distintos actores internacionales que insta a una pertinente alfabetización mediática de la ciudadanía con el objetivo de que esta detecte de forma autónoma y crítica posibles indicios de propaganda en la cobertura de los medios de comunicación sobre conflictos y demande una información más acorde con los valores de una cultura de paz.

Se trata, así pues, de favorecer la transición de una cultura de guerra y violencia a una cultura de paz mediante un proceso de participación en el que la ciudadanía adquiera las herramientas indispensables para afrontar los conflictos desde una perspectiva constructiva tendente a la resolución de los mismos y en base a los conceptos de justicia e igualdad.

Se ha estudiado en multitud de ocasiones cómo los medios de comunicación tienden a hacer referencia a una paz negativa, consistente en la denuncia de la violencia o la guerra, como un concepto restringido y hasta cierto punto inmovilizador

ante cualquier tipo de solución creativa de un determinado conflicto. De hecho, la cobertura explícita de la violencia en todas sus formas puede desembocar en fenómenos como el 'cansancio de la atrocidad' (*outrage fatigue* en inglés), un término que hace referencia a la conducta abúlica desarrollada en el espectador ante la sobreexposición de imágenes y noticias crudas que reflejan el sufrimiento humano, de manera que su capacidad de reacción se aletarga y se llega a acostumbrar a la violencia estructural de su entorno.

Esta percepción, asimismo, conduce a concebir la paz como la ausencia de guerra, tal y como veíamos al comienzo de este trabajo. Es decir, si no aparecen imágenes o titulares bélicos y violentos de una región en los informativos televisivos o cabeceras impresas, se presupone que esta goza de un estado de paz estable que sólo será perturbado cuando, efectivamente, irrumpa en la cobertura informativa. De ahí la carencia endémica de contexto en un espectro mediático actual en el que los conflictos surgen y desaparecen sin análisis demasiado profundos de sus razones internas.

La tarea del periodismo y la educación para la paz tampoco es hacer creer en un concepto de paz utópica por el que todo conflicto tiene una solución dada. De hecho, como apostilla Muñoz, "no tiene un sentido radical el concepto de solución aplicado a un conflicto; si la propia existencia de un conflicto supone al menos una modificación de un elemento del sistema, es muy difícil que esa modificación produzca, ni siquiera por una unidad de tiempo, un estado de trayectoria perfecta o de plena realización del proyecto. Sólo cabe entender la solución como una aproximación a lo deseable, como una mejora de la situación de partida (2009:66).

La tarea de esta disciplina debe estar enfocada, por el contrario, a suscitar una capacidad crítica en la ciudadanía que permita entender la complejidad intrínseca de los conflictos a partir del análisis de los hechos narrados por los medios y con el objeto de ofrecer nuevas aproximaciones a su prevención, gestión o resolución. Partiendo de la base de que los medios de comunicación pueden canalizar la opinión pública hacia una determinada dirección, entre ellas la de la legitimación de la violencia, se antoja imprescindible apropiarse de las herramientas para elaborar discursos autónomos acordes con una cultura de paz, "para buscar otras fuentes de información, para potenciar el análisis y la contextualización de las causas de los conflictos y promover discursos que planteen alternativas nuevas y creativas de solución no violenta de los conflictos" (Francisco, 2010)

Esa es precisamente la tesis de la ONG 'Educación sin Fronteras' en lo referente a la necesidad de una educación mediática de la ciudadanía, y la que mantienen distintos investigadores e instituciones en los últimos años. Charlie Beckett y Robin Mansell apuntan que:

“Aunque se están llevando a cabo considerables esfuerzos para favorecer el acceso a las redes digitales y para la adquisición de la alfabetización necesaria para un entendimiento básico, se presta mucha menos atención a habilitar a las personas para que adquieran una comprensión más sofisticada de los medios de comunicación. Esto significa la mejora de las capacidades para una evaluación crítica y para crear relaciones de distinto tipo que intercambiar en el entorno mediático” (2008: 13)

Por su parte, José Manuel Pérez Tornero y Tapio Varis escribieron recientemente un libro para el Institute for Information Technologies de la UNESCO en el que se sentaban las bases de un nuevo concepto de humanismo que tan sólo tendría sentido a partir de una pertinente educación en las ingentes posibilidades de los medios de comunicación, en especial de los medios digitales que están contribuyendo a conformar una sociedad global. En su prefacio ya se asevera que:

“La humanidad debe forzar al sistema mediático en su conjunto a asumir la obligación de estimular esta intensa relación multicultural que nos demanda el mundo global. Debemos obligar a actuar como intérprete y traductor entre todos los diversos códigos de la humanidad; entre nuestros códigos y los códigos del Otro. En otras palabras, el objetivo es alinear todo el sistema de medios de comunicación con la obligación de hacer un esfuerzo sistemático en la comprensión mutua entre todos los colectivos, pueblos, sociedades y comunidades en este mundo global” (2011: 6)

Y precisamente esta obligación sobre los medios a la que insta la ciudadanía sólo se puede derivar de una alfabetización mediática conveniente por la que se adquieran y asimilen los códigos y habilidades necesarios para el pleno desenvolvimiento del individuo en el entorno comunicativo contemporáneo. Sólo aquellos que sean capaces de entender lo que lee, mira o escucha tendrán la oportunidad de compartir los valores cívicos pertinentes en un diálogo social democrático. Se trata, por tanto, de un proceso que engloba a toda la sociedad civil en su conjunto y que supone el empoderamiento efectivo de la misma frente a la hegemonía tradicional restringida aplicada en distintos centros de poder.

Entre los objetivos que se deben primar en el desarrollo de la alfabetización mediática, y que son explicitados en el libro de Tornero y Varis, se hallan los de combatir la brecha digital, estimular la cooperación y la participación internacional, la búsqueda de una educación globalizada o la revitalización de la esfera política global.

Toda esta argumentación teórico-práctica se halla asimismo contenida dentro del marco que la Alianza de Civilizaciones de las Naciones Unidas (UNAOC) ha destinado al programa de alfabetización mediática e informativa y el diálogo intercultural (UNITWIN), dirigido por el académico español Jordi Torrent, con la meta de promover acciones globales en pos del desarrollo de esta disciplina a distintas escalas.

Más allá de sus bienintencionados propósitos, la alfabetización mediática es un concepto de un gran valor en el devenir de los estudios en comunicación en cuanto aborda, desde una nueva perspectiva transdisciplinar, la necesidad de analizar y asimilar la lógica interna de los medios con el objeto de favorecer un cambio social efectivo hacia la paz. Y lo más importante, su análisis no se ciñe a una mera tarea contemplativa adscrita a un área concreta de la investigación en ciencias sociales, sino que surge con la voluntad de transcender las fronteras de lo académico para implantarse en el terreno práctico a partir de una postura transgresora y, hasta cierto punto revolucionaria, en la medida en que nunca antes se había planteado un movimiento que abarcara a todos los actores sociales en su conjunto.

Ese cambio social se desenvolvería desde el diálogo abierto y participativo entre culturas que habilita las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TICs) y cuyo nodo regulador frente a la opinión pública son los medios de comunicación de masas. Estos deben modificar el patrón de conducta aplicado hasta el momento y adaptarse a un entorno dinámico e interrelacionado en el que erigirse como difusores de nuevos valores humanos que tomen en consideración la dignidad, la igualdad o la libertad de las personas.

La alfabetización mediática no debe ser entendida, no obstante, como un proceso alternativo a los preceptos planteados por el periodismo de paz. De hecho, la mayor parte de estos guardan total correspondencia con los valores que se pretenden inculcar a partir de la formación en los códigos de los medios de comunicación. En todo caso, el periodismo de paz debe constituirse como una parte indisoluble de este proceso actuando en un ámbito más directo como es el del ejercicio profesional de la comunicación. Con la participación consciente de las estructuras de la información, responsables en primera instancia de los discursos emitidos, se sentarían las bases de un nuevo modelo profesional construido a raíz de la participación del mayor número de actores sociales posible en una dinámica derivada de la adquisición de las aptitudes y herramientas dispensadas por la alfabetización mediática.

Es decir, el proceso de alfabetización mediática puede llegar a ser un requisito sustancial en el desarrollo del periodismo de paz en la medida en que es susceptible de instar a la ciudadanía a que demande a los medios de comunicación una información diferente, más apegada a la realidad y orientada a la construcción de unas relaciones pacíficas entre diferentes culturas. Todo ello a partir de la adquisición de una serie de herramientas y criterios que permitan observar críticamente a los medios tomando conciencia de la influencia que detentan y de la visión parcial de los hechos que tienden a difundir. En resumen, se trata de hacer posible el progreso de una ciudadanía reflexiva, madura y bien formada ante la que estrategias interesadas como la manipulación, la dicotomización o la fabricación de un consenso adulterado de la realidad, tengan efecto.

VI. Conclusiones

Tal y como hemos desgranado a lo largo de este trabajo, la acotación conceptual de la Paz ha basculado tradicionalmente entre un escenario en cierto modo utópico al que induce la perspectiva de la paz positiva, por la cual la justicia en todas sus vertientes debe ser el elemento preponderante en el sistema social; y entre la realidad ineludiblemente violenta que se instituye a partir de la paz negativa, que concibe las relaciones humanas como una suerte de confrontación constante. Sendas aproximaciones al concepto de Paz han demostrado ser ineficaces en cuanto que, si en la primera el idealismo que vertebría la propuesta tiende a desmovilizar la voluntad humana ante unos objetivos ciertamente inalcanzables o puede incluso llegar a justificar actos violentos de carácter revolucionario con el propósito de instaurar régímenes a partir de ese ideal (aunque sea una falacia); en la segunda se legitima una orden social estructuralmente injusto en favor de un status quo marcado por una versión desvaída y conservadora de la paz caracterizada por la ausencia de violencia, obviándose así otros aspectos como el bienestar de las personas o el respeto de los derechos humanos.

Todo ello nos conduce a considerar una nueva perspectiva sobre el asunto que estaría en línea con el ya citado concepto de Paz Imperfecta postulado por el investigador de la paz Francisco A. Muñoz (2001), mediante el cual se pretende establecer una vía intermedia entre las dos ópticas anteriores. Este concepto nos introduce en un contexto complejo y conflictivo con el que el ser humano interacciona diariamente tanto de un modo cooperativo y solidario en la mayoría de las ocasiones como de forma violenta en otras. Partiendo de la base que la existencia humana es por sí misma conflictiva, perseguir una idea de paz marcada por una estabilidad perpetua estaría alejado de toda realidad, al igual que concebir el entorno humano como un campo de batalla al que imponer un estado de paz mínima y a todas luces insuficiente sería condenar a la humanidad a una injusticia crónica. Así pues, mediante el concepto de la paz imperfecta, se reconoce la autonomía de las personas para gestionar los conflictos de forma creativa, positiva y, sobre todo, pacífica.

En este sentido, el enfoque de la paz imperfecta debe constituir un elemento transdisciplinar de suma importancia que vertebre las políticas y acciones de todos los ámbitos susceptibles de construir relaciones pacíficas, los cuales se extienden a todo el cuerpo social en su conjunto. Entre ellos, el de los medios de comunicación, actores imprescindibles en este propósito en cuanto modeladores y canalizadores de la opinión pública de la sociedad. Ahora bien, de acuerdo a la actitud tradicional mantenida por estos en la cobertura de conflictos, enfocada eminentemente a retratar una disputa en un espacio cerrado entre dos bandos en pos de una victoria de suma cero, o simplemente alineada con las metas y razones de uno de ellos, para lo cual no duda en implementar las herramientas propagandísticas pertinentes; la adopción de una perspectiva acorde con la naturaleza de la paz imperfecta parece cuanto menos improbable, tal y como hemos ido demostrando a lo largo del trabajo.

Por ello, el desarrollo teórico y práctico de una disciplina como el periodismo de paz puede suponer una vía idónea para la constitución de una conceptualización diferente y más completa de la paz en el imaginario colectivo de la sociedad global que repercuta en la asunción de políticas tendentes a la construcción de paz, no sólo en su sentido más limitado de ausencia de violencia, sino también en lo que respecta a todos los ámbitos estructurales del sistema. Este modelo periodístico se opondría, pues, a la práctica profesional orientada a la guerra como espectáculo y reclamo informativo de primer orden, y que obedece a los patrones ideológicos de la paz negativa.

Al mismo tiempo, el periodismo de paz debería eludir la función misionera que algunos investigadores e instituciones le atribuyen como fuerza de pacificación de acción directa en la resolución de conflictos, algo que supone una conducta

contraria a los códigos de la propia profesión, tales como la veracidad, el contraste de las fuentes o la contextualización de los acontecimientos de un modo reflexivo y equilibrado. Eso no quiere decir que se deba primar la neutralidad mal entendida de aquellos que consideran la objetividad periodística como el valor supremo de la actividad del profesional de la información, más aún cuando esta, según hemos explicado en el cuerpo del trabajo, ha sido utilizada como justificación normativa de la supuesta libertad de prensa y autonomía de las empresas de comunicación que, de cualquier forma, han obedecido a intereses ajenos y han contaminado su cobertura con visiones sesgadas de los conflictos.

Y es que tal y como advertía la periodista Olga Rodríguez en referencia a la cobertura realizada por los grandes medios de los bombardeos de Israel sobre los territorios ocupados de Palestina en el año 2012, “escudándose en la equidistancia, en una aparente imparcialidad, cierto periodismo de masas mantiene un posicionamiento continuo, reproduciendo narrativas marcadas por el pensamiento dominante y abandonando el compromiso que este oficio exige con los más débiles”⁵. En contraposición, la periodista aboga por tomar partido para evitar la reproducción de propagandas nutritas desde el poder. Una posición que la acerca al periodismo de paz en cuanto se precisa de una concienciación por parte del periodista de la labor que realiza en situaciones tan límite como las propiciadas por un conflicto violento. Ahora bien, tal y como hemos señalado a lo largo del trabajo, la defensa de los más débiles y la asunción de una posición determinada del profesional no debe ir encaminada al retrato maniqueo y simplista del escenario a favor del grupo que presumiblemente es oprimido y detenta la ‘razón’ en la disputa, pues de este modo nos estaríamos deslizando a un nuevo discurso propagandístico adherido a la causa de uno de los bandos, aunque este nos parezca más justificable moralmente.

El camino hacia el periodismo de paz lo marca la revalorización de los códigos deontológicos de la profesión periodística y, fundamentalmente, su cumplimiento. Se trata de informar con rigor, contextualizando los conflictos, entendiendo las razones de sus protagonistas sin caer en una mera reproducción de sus pareceres y versiones oficiales, analizando los intereses en juego y advirtiendo de las violaciones de los derechos humanos que desde uno y otro bando se cometan, con una actitud crítica despojada del relativismo instalado en la profesión como salvaguarda de la equidistancia que los legitima como meros ‘observadores’. El reportero Ryszard Kapuscinski (2003) aseveraba que el verdadero periodismo es intencional: esa intención debe estar orientada a la consecución de la paz, a suscitar un clima social

5 Olga Rodríguez; “El miedo a tomar partido provoca monstruos. El Diario.es 18/11/2012 http://www.eldiario.es/defensora/miedo-tomar-partido-provoca-monstruos_6_70052998.html

en el que la cooperación y la superación de las diferencias sustituyan la ira, el odio y la venganza; nunca a la alineación con las demandas o el sufrimiento de uno de los bandos.

Para ello, no obstante, es preciso comprender el marco estructural en el que se inscriben los medios de comunicación y del que hemos dado debida cuenta en el desarrollo de esta investigación. A este respecto, la acción de las instituciones políticas internacionales y nacionales en la regulación de los flujos informativos limitando la concentración de medios en grandes conglomerados verticales se antoja fundamental para facilitar las condiciones de un nuevo tipo de periodismo independiente. No obstante, el movimiento reivindicativo también debe proceder de los propios integrantes de la profesión mediante la autorregulación ética de su ejercicio cotidiano y la presión contra los consejos de administración que tienden a cooptar la autonomía de las salas de redacción. Una presión que, además, también debe producirse desde la ciudadanía a partir de la adquisición de una capacidad crítica de análisis de los medios fruto de una pertinente alfabetización mediática.

Fruto de este cambio estructural previo, las posibilidades de éxito del periodismo de paz se incrementan al mismo ritmo que la concienciación del periodista de la labor transcendental que puede desempeñar en la sociedad, no sólo en la prevención, gestión y resolución de conflictos, sino contribuyendo a crear un entorno más justo, igualitario y pacífico a todos los niveles.

VII. Bibliografía

Aguirre, Mariano, Ferrández, Francisco y Pureza, José Manuel (2003): *Before emergency; Conflict prevention and the media*. Universidad de Deusto. HumanitarianNet.

Bagdikian, Ben H. 1992. *The Media Monopoly*. Boston: Beacon.

Barash, David and Webel, Charles (2002): *Peace and Conflict Studies*, Sage.

Becker, Jorg (2004): “Contribution by the media to crisis prevention and conflict settlement”, *Conflict & Communication online*, 3 (1/2).

Beckett, Charlie and Mansell, Robin (2008) Crossing boundaries: new media and networked journalism. *Communication, culture & critique*, 1 (1). pp. 92-104.

Periodismo de Paz y dimensiones éticas de la comunicación ante los conflictos

Bell, M. (1996): *In Ham's way: Reflections of a War-Zone thug*. Penguin, revised edition.

Bernabé, Javier (2007): *Periodismo Preventivo: Otra manera de informar sobre la crisis y los conflictos internacionales*. Ediciones Catarata.

Bernays, E.L. (1928) *Propaganda*. Nueva York. p. 9.

Bordieu, P (1998); *On television*, New York:, New Press.

Bratic, V. 2006. "Media Effects During Violent Conflict: Evaluating Media Contributions to Peace Building." *Conflict & Communication Online* 5(1): 1-11.

Brown, J.A.C. (2004) *Técnicas de persuasión*. Madrid. p. 101 – 102.

Bull, Hedley (1977): *The Anarchical Society. A Study of Order in World Politics*, Columbia University Press, Nueva York.

Castells, Manuel. 1996-2000. *The Information Society: Economy, Society, and Culture*. Vols. 1-3.Oxford: Blackwell.

Castells, M. (2001): *The Internet Galaxy*, Oxford: Oxford University Press.

Castells, M (2010): *Comunicación y Poder*. Alianza, Madrid.

Chomsky, Noam; Herman , Edward S. (2003) *Manufacturing Consent. The Political Economy of the Mass Media*. p. 21.

Christians, Clifford G., and Michael Traber (1997) . *Communication Ethics and Universal Values*. Thousand Oaks, CA: Sage.

Cortés González, Alfonso y García Lòpez, Marcial (eds.): *Comunicación y Cultura de Paz*, EUG – Colección Eirene, 2012.

Periodismo de Paz y dimensiones éticas de la comunicación ante los conflictos

Couldry, Nick. 2000. *The Place of Media Power: Pilgrims and Witnesses of the Media Age*. London: Routledge.

Ellul, Jacques (1973); *Propaganda; the formation of men's attitudes*, Nueva York, Random House.

Fackson Banda (2008). “Applications and Case Studies. Negotiating Journalism Ethics in Zambia : Towards a “Glocal” Ethics”. In Stephen J. A. Ward & Herman Wasserman (eds.), *Media Ethics Beyond Borders: A Global Perspective*. Heinemann.

Fawcett, Liz (2002): “Why Peace Journalism isn't news”, *Journalism Studies* 3(2), pp. 213-223.

Ferronato Jorge (2000); *Aproximaciones a la Globalización*, Macchi Grupo Editor.

Fisas, Vincenc (2004); *Cultura de paz y gestión de conflictos*, Icaria, Barcelona.

Fortner, Robert, ed. (2010): *Ethics and Evil in the Public Sphere: Media, Universal Values and Global Development*. The Hampton Press Communication Series: Mass Communication and Journalism.

Foucault, Michel (1983): *El discurso del poder*. México: Folios Ediciones.

Francisco Amat, Andrea. Aprendiendo a ver los medios para construir un cultura de paz. Congreso Internacional Europa/América Latina ATEI Alfabetización mediática y culturas digitales. Sevilla: 13-05-2010. Internacional (científic). 2010 Gabinete de comunicación y educación. ISBN: 978-84-693-2361-8.

Gardner, Ellen, “The role of media in conflicts”. In: *Peace Building: a Field Guide*.

Luc Reyhler & Thania Paffenholz, eds. Lynne Rienner Publishers, London, 2001, pp. 301-311.

Periodismo de Paz y dimensiones éticas de la comunicación ante los conflictos

Galtung, Johan and Ruge, Mari Holmboe (1965): “The structure of foreign news; the presentation of the Congo, Cuba and Cyprus crises in four Norwegian newspapers”, *Journal of Peace Research* 2(1), pp. 64-91.

Galtung, Johan (1985): *Sobre la Paz*. Barcelona: Fontamara.

Galtung, Johan (1998). ‘High Road, Low Road: Charting the Course for Peace Journalism’, Track Two: Media and Conflict, December.

Galtung, Johan and Jacobson, Carl (2002): *Searching for Peace: The road to transcend*, Pluto Press.

Galtung, J. (2006), “Peace Journalism as an Ethical Challenge”, *Global Mediterranean Journal*, Vol. 1, No.2, Fall, pp. 47-53.

Habermas, Jürgen (1981): *Historia y crítica de la opinión pública*. Gustavo Gili, Barcelona.

Hackett, R.A. (2006): “Is peace journalism possible? Three frameworks for assessing structure and agency in news media”, *Conflict & Communication online*, 5(2).

Hamelink, Cees J. (2011): *Media and Conflict: Escalating Evil*, Paradigm Publishers.

Hanitzsch, Thomas (2004): *Journalists as peacekeeping force? Peace Journalism and mass communication theory*, Journalism Studies, 5:4, 483-495

Hanitzsch, Thomas (2007). ‘Situating Peace Journalism in Journalism Studies: a critical appraisal’, *Conflict and Communication Online*, Vol.6, No. 2

Herzog, H. (1944). “What do we really know about daytime serial listeners?” In P.F. Lazarsfeld (ed.), *Radio Research*, London: Sage

Periodismo de Paz y dimensiones éticas de la comunicación ante los conflictos

Howard, Ross (2002): *An operational framework for media and peacebuilding*, IMPACS, Vancouver

Howard, R (n.d). Conflict Sensitive Journalism in Practice. University of Wisconsin-Madison. 2010.

Huntington, Samuel (1993): “The clash of civilizations”, *Foreign Affairs*, vol. 72, pp. 22-49)

Instituto para la Economía y la Paz (2010): *Measuring Peace in the Media*. Disponible en: <http://www.visionofhumanity.org/wp-content/uploads/2010/12/Measuring-Peace-in-the-Media.pdf>

Instituto para la Economía y la Paz (2011): *Measuring Peace in the Media*. Disponible en: <http://www.visionofhumanity.org/wp-content/uploads/2012/02/Measuring-Peace-in-the-Media-2011-DOWNLOAD-REPORT.pdf>

Jeong, Ho-Won (2000): *Peace and Conflict studies: An introduction*, Ashgate

Kapuściński, Ryszard (2003): *Lapidarium IV*, Barcelona, Anagrama

Katz, Elihu and Paul F. Lazarsfeld (1955), *Personal Influence: The Part Played by People in the Flow of Mass Communications*, New York: Free Press.

Katz, E., Gurevitch, M., & Haas, H. (1973). “On the use of the mass media for important things”. *American Sociological Review*, 38

Kempf, Wihelm (2007): “Peace Journalism: A tightrope walk between advocacy journalism and constructive conflict coverage”, *Conflict & Communication online*, 6(2)

Kirn, Roman, 2000: “Ensuring Human Security in Conflict Situations”, in:

Periodismo de Paz y dimensiones éticas de la comunicación ante los conflictos

European Commission for Democracy through Law (ed.), *Societies in Conflict: The Contribution of Law and Democracy to Conflict Resolution*. Strasbourg, pp. 28-32.

Klapper, J. T. (1960). *The effects of mass communication*, New York: Free Press

Lasswell, Harold (1927): *Propaganda Technique in the World War*

Lazarsfeld, Paul, Berelson, Bernard and Gaudet, Hazel (1944): *The people's choice; how the voter makes up his mind in a presidential campaign*, New York: Duell, Sloan and Pearce.

Lippman, Walter (1922): *Public Opinion*.

Livingston, Steven. *Clarifying the CNN Effect: An Examination of Media Effects According to Type of Military Intervention*. John F. Kennedy School of Government's Joan Shorenstein Center on the Press, Politics and Public Policy at Harvard University. 1997.

Luostarinen, Heikki (2002): "Journalism and cultural preconditions of war", in: Wilhelm Kempf (Ed): *Journalism and the New World Order*, Goteborg, Nordicom, pp. 273-283

Loyn, David (2007). 'Good journalism or peace journalism?', *Conflict and Communication Online*, Vol. 6, No. 2

Lynch, Jake (2002): *Reporting the World*. Conflicts & Peace forums

Lynch, Jake and McGoldrick, Annabel (2005). *Peace Journalism*, Stroud: Hawthorn Press

Marthoz, J.P (2003): "To Give Sense to Solidarity We Need to Give Meaning to Reality" en Aguirre, Mariano, Ferrández, Francisco y Pureza, José Manuel (2003):

Periodismo de Paz y dimensiones éticas de la comunicación ante los conflictos

Before emergency; Conflict prevention and the media. Universidad de Deusto. HumanitarianNet

McBride, Sean, et al. (1984). *Many Voices, One World: Communication and Society Today and Tomorrow* (the MacBride Report). Paris: UNESCO.

MCCHESNEY, Robert (2000), *New Media, Poor Democracy*. Illinois: University of Illinois Press.

McCombs, M; Shaw, D (1972). "The agenda-setting function of mass media". *Public Opinion Quarterly* 36

McGoldrick, Annabel and Lynch, Jake (2000): *Peace Journalism: how to do it?*, www.trascend.org/pjmanual.htm.

McNair, B (1999), *An Introduction to Political Communication*, Routledge.

McQuail, Denis. 2000. *Mass Communication Theory*. 4th ed. London: Sage Publications.

Melone, Sandra, Terzis, Georgios y Beleli, Ozsel (2002): *Using the media for conflict transformation, The Common Ground experience*, Berghof Handbook

Muñoz, Francisco A., ed. (2001): *La Paz Imperfecta*. Universidad de Granada, colección Eirene

Muñoz, Francisco A. y Molina, Beatriz (2009): *Pax orbis; conflictividad y complejidad de la paz*. Ed. Universidad de Granada

Nicolas Gavilan, María Teresa (2011): "Framing the news: from political conflict to peace. How the framing Theory and Political context model can enhance the peace journalism model". *Journal of Latin American Communication Research* 1 (2), 48-61

Periodismo de Paz y dimensiones éticas de la comunicación ante los conflictos

Noelle-Neumann, E. 1984. *The Spiral of Silence: Public Opinion—Our Social Skin*. Chicago: University of Chicago Press.

Nordenson, Bree: Overload! Journalism's battle for relevance in an age of too much information, Columbia Journalism Review November / December 2008

Nordenstreng, Karle(1995): Reports on Media ethics in Europe, University of Tampere, Department of Journalism and Mass Communication

Nos Aldás, E., Martín Galán, J. Ignacio y Ahmed Ali, Fatuma (2011): Comunicación para la paz en acción; periodismos, conflictos, alfabetización mediática y Alianza de Civilizaciones. Universidad Jaume I

Pérez Tornero, J.M y Varis, Tapiro (2010): *Media literacy and New Humanism*. UNESCO Institute for Information Technologies in Education,

Pizarroso, Alejandro (1993): *Historia de la Propaganda. Notas para un estudio de la propaganda política y de guerra*. Madrid.

Ramonet, Ignacio (1998); La tiranía de la Comunicación, Debate, 1998

Ramonet, Ignacio (2001), *Propagandas Silenciosas*. Porto: Ed. Campo das Letras.

Ramsbothan, Oliver (2009): *Then and Now: Peace Research—Past and Future. Political Studies*, 47 (4)

Robb, David (2004): *Operation Hollywood: How the Pentagon Shapes and Censors the Movies*, Prometheus Books

Said, Edward, *Orientalism*, Routledge & Kegan Paul, London, 1978.

Sen, Amartya (2001): “Derechos Humanos y Valores Asiáticos”, *Anales de la Cátedra Francisco Suárez*, 35, 129-147

Periodismo de Paz y dimensiones éticas de la comunicación ante los conflictos

Schramm, Wilbur (1957): *Responsability in Mass Communication*, New York: Harper

Schiller, Herbert (1991): Culture Inc. The Corporate Takeover of Public Expression Oxford University Press, 1991.

Shaw, Ibrahim (2011): *Human Rights Journalism*, Palgrave McMillan

Shinar, Dov (2003): 'The peace process in cultural conflict: the role of the media', *Conflict and Communication Online*, Vol. 2, No. 1

Shinar, D. (2004), "Media peace discourse: Constraints, concepts and building blocks", *Conflict and Communication online*

Siebert, F., Peterson, T. and Schramm, W. (1956) *Four Theories of the Press. The Authoritarian, Libertarian, Social Responsibility and Soviet Communist Concepts of What the Press Should Be and Do*. Urbana, IL: University of Illinois Press.

Spencer, G (2003): "Pushing for Peace". *European Journal of Communication*. 12(1) 55-80

SUN TZU (2000, versión de Thomas Cleary) *El arte de la guerra*. México DF (et. al.). p. 21

Taibo, Carlos (2007): *Movimientos Antiglobalización*. Ediciones Catarata

Tehranian, Majid (2002): 'Peace Journalism: Negotiating Global Media Ethics', *Harvard International Journal of Press/Politics*, No 7

Varis, Tapi (1986); *Peace and Communication*, Editorial Universidad para la Paz

Vázquez Liñán, Miguel (2009): "Guerra, propaganda y periodismo para la paz" en Muñoz, Francisco A. y Molina, Beatriz (2009): *Pax orbis; conflictividad y complejidad de la paz*. Ed. Universidad de Granada

Periodismo de Paz y dimensiones éticas de la comunicación ante los conflictos

Wolfsfeld, Gadi (1997) *Media and the Path to Peace*, Cambridge: Cambridge University Press

Ward, Stephen (2010): “Citizen: The Journalist as World Citizen: Problems of Patriotism” en Fortner, Robert, ed. (2010): *Ethics and Evil in the Public Sphere: Media, Universal Values and Global Development*. The Hampton Press Communication Series: Mass Communication and Journalism

Yehya , Naief (2003); *Guerra y propaganda; medios masivos y el mito bélico en Estados Unidos*, Paidós